



MINISTERIO CRISTIANO  
«Portavoces de Vida»

# EL EJEMPLO DE JESÚS EN LA VIDA CRISTIANA

J. M. RECUERO

# CONTENIDO

## INTRODUCCIÓN

**JESÚS, EL BUEN PASTOR**.....página 5

- EJEMPLO DE AMOR A DIOS
- EJEMPLO DE AMOR AL PRÓJIMO
- EJEMPLO DE MISERICORDIA
- EJEMPLO DE CONSEJERÍA
- EJEMPLO DE TOLERANCIA
- EJEMPLO DE COMUNIDAD

**JESÚS, EL GRAN MAESTRO**.....p. 16

- EJEMPLO DE ENSEÑANZA
- EJEMPLO DE EVANGELIZACIÓN
- EJEMPLO DE AMOR A LA PALABRA
- EJEMPLO DE SABIDURÍA
- EJEMPLO DE AUTORIDAD

**JESÚS, EL VERDADERO SIERVO**.....p. 26

- EJEMPLO DE ENTREGA
- EJEMPLO DE COMPROMISO
- EJEMPLO DE ABNEGACIÓN
- EJEMPLO DE HUMILDAD

**JESÚS, EL HIJO OBEDIENTE**.....p. 33

- EJEMPLO DE CONSAGRACIÓN
- EJEMPLO DE INTEGRIDAD
- EJEMPLO DE SANTIDAD

**JESÚS, EL HOMBRE ESPIRITUAL**.....p. 39

- EJEMPLO DE ESPIRITUALIDAD
- EJEMPLO DE ORACIÓN
- EJEMPLO DE FE
- EJEMPLO DE SENSIBILIDAD

**JESÚS, EL SIERVO SUFRIENTE**.....p. 46

- EJEMPLO DE SENCILLEZ
- EJEMPLO DE VALENTÍA
- EJEMPLO DE DISCRECIÓN
- EJEMPLO DE SUFRIMIENTO

## CONCLUSIÓN

## INTRODUCCIÓN

Todo cristiano que desee hacer honor a su distinguida posición, no debería de encontrar en Jesucristo solamente un profesor de quien aprender, sino principalmente un Maestro a quien fielmente seguir: «*El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo*» (1 Jn. 2:6). Esta firme declaración bíblica, nos lleva a plantear las siguientes preguntas: ¿Cómo anduvo Jesús? ¿Cuál fue su ejemplo de vida? ¿Qué significó para nosotros el testimonio práctico de sus propias acciones? Con la finalidad de ofrecer respuestas adecuadas, se hace obligatorio realizar una detenida reflexión sobre la vida y obra de Jesucristo, comenzando por considerar los interrogantes que nos dirijan a la comparación, desde un planteamiento humano, con el Jesús de la Biblia.

Efectivamente, para poder guiarnos en este mundo con sentido de la orientación, necesitamos modelos de referencia en los cuales fijar nuestra mirada. En este aspecto, la vida de Jesús representa un modelo único, digno de ser imitado por cualquiera que se identifique como cristiano. Y para conseguir este propósito, es necesario obtener una imagen clara de la persona de Jesucristo, y de aquellos aspectos ejemplares que se revelaron en su forma de vivir. Este, precisamente, es el reto que se nos presenta en las páginas siguientes.

Huelga decir que en el presente trabajo no añadiré versículos en los comentarios al texto del evangelio de Marcos, para no presentarlo a modo de estudio bíblico, y con ello evitar una mayor extensión en la redacción. Pienso que en este caso es más bien una tarea de todo lector que desee reforzar los ejemplos de Jesús con los textos bíblicos de referencia que se puedan hallar a lo largo de toda la Escritura.

Resulta evidente que la imagen que nuestro entorno cristiano posee del Jesús hombre, está gravemente desfigurada. Y si bien algunos creyentes, los más «ortodoxos», se contentan con buscar al Jesús histórico, siendo mero objeto de estudio académico y de marcada controversia, la mayoría está contemplando a un Jesús excesivamente triunfalista, que actúa solamente en una dimensión trascendental, pero que muy poco guarda relación con la vida cotidiana. Podemos elucubrar al respecto, pero nuestro mundo cristiano sigue dos caminos perfectamente centralizados. Por un lado, encontramos la secularización 1. de la iglesia, y por el otro, la súper espiritualización irracional de buena parte de ésta. Como consecuencia de tales extremos, se origina en muchos casos una grave deformación de la vida espiritual, y por ende de la conducta cristiana.

1 Secularización: entiéndase por la adaptación de la iglesia a los valores de este mundo no cristiano.

Sea como fuere, en ocasiones formamos un Jesús a nuestra medida, dispuesto para ser utilizado en el ámbito religioso de nuestra original manera de concebir la existencia. Por este motivo, el remedio bíblico más eficaz para superar esta particular desviación, consiste en regresar a los principios genéricos y más fundamentales del cristianismo, es decir, a la persona del Señor Jesucristo; aprendiendo así de sus enseñanzas, pero a la vez descubriendo su extraordinaria manera de proceder en la vida.

A tenor de lo dicho, sabemos que el modelo de vida ejemplar que Jesús presentó, fue minuciosamente recopilado por sus discípulos y seguidamente plasmado por inspiración divina en las Sagradas Escrituras. Así, los autores bíblicos no redactaron solamente lo que Cristo enseñó, sino que también lograron registrar lo que hizo, con el propósito añadido de que todo cristiano pudiera imitarle en la relación de Maestro-discípulo: «*Dejádonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas*» (1 P. 2:21).

Contrariamente a lo que podamos entender según nuestra cultura occidental, el proceso de aprendizaje de cualquier discípulo en aquel ambiente histórico, no consistía solamente en recibir enseñanzas teóricas, sino que debía seguirse el ejemplo del maestro, intentando ser como él e imitándole en su forma de actuar.

En esta línea de pensamiento bíblico, el evangelista Marcos recoge en su evangelio, y con gran sensibilidad, la figura de un Jesús humilde, que en todo momento dispone su vida al servicio de los demás. Por tal razón ha sido seleccionado este documento bíblico, donde la personalidad del Jesús-hombre se describe con ejemplos visibles: en su relación con Dios, y en especial con el prójimo, a través de su testimonio personal, esto es, el modelo de una vida plenamente consagrada, que si en algo se caracterizó fue, entre otras cosas, por ser esencialmente práctica.

Es cierto que no conseguiremos imitar los grandes milagros o prerrogativas divinas que le correspondieron como Mesías escogido. Pero, aun siendo así, queda registrado en los evangelios una amplia lista de ejemplos prácticos que Jesús, en calidad de «humano», nos dejó para que también los humanos podamos aprender de él; incorporando no solo la información teórica de aquellas enseñanzas que nos comunicó de forma verbal, sino además su excepcional modelo de vida.

La verdad debe salir a luz, porque nadie puede pretender ser un cristiano fiel, si primeramente no es seguidor de Jesucristo. Luego, para poner en práctica lo enunciado, nos interesa conocer el proceder de Jesús: su forma de hablar y manera de conducirse, así como sus reacciones, conducta, integridad y demás virtudes.

En definitiva, todo aquel que se denomine cristiano, y así no tenga presente los ejemplos aplicables del Maestro para poder seguirlos, se dará cuenta de que su vida cristiana difiere en gran medida de la propuesta bíblica que en su día pronunciara el fundador del cristianismo: «*Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis*» (Juan 13:15).

## JESÚS, EL BUEN PASTOR

Todos los cristianos –nacidos de nuevo– alcanzamos a comprender, aunque limitadamente, que Jesús es Dios eterno y por lo tanto el buen Pastor, que no solamente ha tenido a bien salvarnos, sino que, trayendo a nuestra mente el salmo veintitrés, también nos guía a lugares de delicados pastos. En esta relación espiritual, nuestra comunión con Jesús se ve reflejada en este símil: la oveja que sigue a su pastor voluntariamente, porque en todo momento recibe de él la guía, el cuidado, y su protección celestial.

El Señor mismo declaró: «*Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen*» (Jn. 10:27). Recordamos con agrado que todo aquel que ha disfrutado de la experiencia salvadora de Cristo, ha sido tomado por la mano del buen Pastor, e incorporado en el rebaño de Dios, esto es, la iglesia de Jesucristo. Ahora, sobre lo referido, hacemos bien en preguntar: ¿Cómo actuó Jesús –en calidad de pastor humano– en su paso por este mundo? Veamos algún ejemplo:

### EJEMPLO DE AMOR A DIOS

En primer lugar, se hace inevitable valorar el gran amor que Jesús tuvo hacia su Padre celestial, dado que cumplió en obediencia absoluta con la perfecta Ley, y llevó a cabo, con toda humildad, las obras que el Padre le había encomendado.

**«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón (fervientemente), y con toda tu alma (profundamente), y con toda tu mente (razonablemente), y con todas tus fuerzas (sacrificadamente). Este es el principal mandamiento» (Marcos 12:30).**

En respuesta a la petición del joven rico, nuestro Señor utilizó el gran precepto bíblico para enfrentarlo con su propia insuficiencia. A saber, resulta imposible encontrar persona que haya cumplido íntegramente el citado mandamiento; y por esta razón tan sencilla, podemos afirmar que todos somos infractores delante de Dios. Solamente Jesucristo, en calidad de humano, cumplió el mandamiento a la perfección; siendo (como hombre) su ejemplo de amor y entrega al Padre, un modelo para todo cristiano que aspire a seguirle fielmente.

La esencia del cristianismo se sustenta en el amor a Dios, y no existe otro valor más elevado. Amar a Dios con el corazón, con la mente, con el alma, y con todas las fuerzas, es igual que amarle sobre todas las cosas que pudieran ser susceptibles de nuestro amor. Con tal entrega voluntaria, el que ama a Dios está siguiendo a Cristo, y el que sigue a Cristo, es señal de que ama a Dios.

A partir de la idea expuesta, cabe precisar que es del todo impracticable amar a Dios, según el mandato bíblico, por iniciativa propia. Si alguien posee verdadera capacidad para amar a Dios, es porque primeramente ha experimentado su amor abundante, proveyéndole al mismo tiempo de esa facultad tan especial.

Al igual que el mandamiento que hemos leído presidió la vida del Maestro, también debe ser la aspiración que gobierne la vida de todo discípulo suyo. Amar a Dios, al fin y al cabo, es una cuestión que atañe a la decisión propia de cada individuo. De esta forma, el cristiano que está determinado en servir a Dios, concediéndole la gloria que solo Él merece,

en cierta manera le está dando cumplimiento al mandamiento mencionado: «*Amarás al Señor tu Dios...*».

El buen Pastor indicó, en el ejemplo del joven rico, que el amor a Dios por sobre todas las cosas, es la base donde se sostiene el verdadero cristianismo. Si como hijos amados queremos cumplir con los designios de nuestro Padre celestial, no podemos poner otro fundamento, por cuanto la vida cristiana se centra en Dios mismo y en nuestro amor a Él, por encima incluso de cualquier obligación moral, religiosa o eclesial. Con esta predisposición, la voluntad de Dios debe constituir el único motivo y propósito en el corazón del seguidor de Cristo.

Como veremos a lo largo del presente trabajo, el gran amor de Jesús manifestado en la obediencia a la Ley, en el servicio hacia los demás, y finalmente en la entrega de su propia vida en la cruz, demostró, a todas luces, el amor incondicional hacia su Padre celestial.

**«*Padre... aparta de mí esta copa; mas no lo que yo quiero, si no lo que tú!*»**  
**(Marcos 14:36).**

La imagen del Cristo sufriente en el huerto de Getsemaní, fue realmente descriptiva. Y la oración de Jesús al Padre, en aquellas circunstancias tan especiales, parecía contener la sustancia de un amor llevado a la máxima expresión práctica: «*No lo que yo quiero, sino lo que tú*».

Pese a la situación tan angustiosa como la que refleja el texto bíblico, podemos imaginar la determinación del Maestro basada en su amor a Dios, y como consecuencia, a la Humanidad perdida; apreciando, igualmente, que la ejecución de los designios divinos se situó por encima de sus intereses particulares, o inclusive de su propio bienestar personal.

Suponemos, por lo que deducimos del propio texto, que nuestro Señor se hubiera librado de los sufrimientos del Getsemaní si ese hubiera sido su deseo; como el tener que pasar por la Cruz. En tal momento de adversidad, no parece nada sorprendente sus palabras: «*Aparta de mí esta copa*». Esta expresión nos indica que el estado de su propio cuerpo y alma se encontraban en dolorosa aflicción: la carga de nuestros pecados sobre su ser fue realmente difícil de soportar...

Es maravilloso recordar, que en aquellos instantes precisos (aun con toda su aflicción), nuestro buen Pastor pensaba en cada uno de nosotros. En este sacrificio final, nuestra salvación eterna estaba en juego, y Jesús no podía fallar. Y para conseguir el perfecto cumplimiento de la voluntad del Padre, Jesús debía proseguir con el programa diseñado desde la eternidad, incluyendo los horribles sufrimientos que le causaría el pago de nuestros pecados.

Tomando el ejemplo del Maestro en el huerto de Getsemaní, admitimos con toda seguridad que el discípulo también pasará por sus «getsemanís» particulares, aunque ciertamente no con la intensidad de sufrimiento que experimentó nuestro Señor. Y tiene su razón de ser, porque es en los momentos de prueba, fundamentalmente, donde se pone a prueba nuestro verdadero amor a Dios, y con ello nuestra decisión de aceptar o rechazar su voluntad.

Vista la enseñanza, consideremos que el sufrimiento, en sí mismo, no armoniza con los deseos procedentes de Dios. Y al no ser su voluntad original, está en nuestra mano eliminar, en lo posible, las circunstancias adversas que aparezcan en la vida. Es completamente lícito, por tanto, el apartar toda situación de hostilidad que nos pueda sobrevenir... Ahora bien, en caso de no poder evitar cualquier situación de conflicto,aremos en la voluntad especial de Dios para nosotros; porque si amamos a Dios tendremos que cumplir con su programa establecido, por muy trágico que parezca, recibiendo con paciencia todos los sinsabores que la vida nos pueda proporcionar, y que Él mismo permite, por cuanto todas las cosas, como bien sabemos, se mantienen bajo su control. Y aunque no alcancemos a comprender la magnitud de su voluntad para con nosotros, estamos completamente seguros de que si amamos a Dios, Él encamina todas las cosas para nuestro bien, como así lo hace constar fielmente la Sagrada Escritura.

Si debido a las pruebas contemplamos nuestra vida con pesimismo, quizá sea porque lo hacemos solamente desde el punto de vista humano. Pero tendremos que pensar que Dios nos mira desde su gloria, sabiendo que aun desde la mayor consternación, la fe del creyente se perfecciona y fortalece.

Aprendamos del buen Maestro, porque a pesar del grado de sufrimiento que alcanzó a experimentar, la expresión de su amor a Dios fue sin reservas, siendo a la vez el reflejo del amor que manifestó al ser humano: «*Mas no lo que yo quiero, si no lo que tú!*».

Así como lo hizo Jesús, aun en los momentos de máxima prueba, hagamos también nuestra la firme decisión: amar a Dios sobre todas las cosas.

*Jesús es amor, y el que ama a Dios sigue a Jesús.*

## **EJEMPLO DE AMOR AL PRÓJIMO**

Si a lo largo de la historia de la Humanidad ha existido un claro ejemplo de amor a Dios, y de amor hacia el prójimo, ha sido sin lugar a dudas el de nuestro bondadoso Señor Jesucristo.

**«Y salió Jesús** (no permaneció recluido en un monasterio) **y vio una gran multitud** (observación de nuestro contexto social), **y tuvo compasión de ellos** (expresión de amor personal), **porque eran como ovejas que no tenían pastor** (la realidad de nuestra Humanidad perdida); **y comenzó a enseñarles muchas cosas** (la labor pastoral)» (**Marcos 6:34**).

Aquí es preciso señalar que aquel que tiene a Cristo en su vida, y por lo tanto ha experimentado la compasión, está llamado a mostrar un corazón compasivo hacia los demás.

Reflexionando sobre el versículo leído, ¿cómo pensamos que es la mejor manera de hacerlo? Pues como cita el texto: «*Y salió Jesús*» a buscar a las ovejas perdidas. Sobre este ejemplo, advertimos que aunque no todos los cristianos somos evangelistas, cada uno de nosotros estamos llamados, de una forma u otra, a dar testimonio de la salvación recibida en la conversión. Con esta posición salvífica, la expresión del amor de Dios hacia nuestros semejantes se traduce, primordialmente, en el deseo de que los perdidos encuentren la dicha salvación.

La realidad es que gran parte de nuestra sociedad se halla extraviada del camino verdadero, y por ello necesita encontrar una guía que le oriente en la dirección correcta. Con este espíritu evangelístico encauzaba su servicio nuestro Maestro: «*Y vio una gran multitud, y tuvo compasión de ellos*». Tomando el ejemplo citado, todos los cristianos, de alguna manera, deberíamos de colaborar en este preciado ministerio.

Según cita la Biblia, la voluntad general de Dios reside en que el hombre venga al conocimiento de la verdad, por lo cual no podemos decir que amamos al prójimo, mientras que nos mantenemos indiferentes sobre su estado de perdición.

Nos preguntamos, con cierta contradicción, por qué nos cuesta tanto dar testimonio de nuestra salvación, y asimismo indicar a los demás dónde se revela el camino que lleva a la vida. Tal vez ocurre que nuestro amor al prójimo esté mal orientado, o hayamos pasado por alto el visible ejemplo de Jesús. Nuestro buen Pastor salió en busca de las ovejas perdidas para indicarles el camino... ¡hagamos nosotros lo mismo!

**«Entre tanto que él despedía a la multitud** (pastor cercano y accesible a la gente)... **Y después que los hubo despedido, se fue al monte a orar** (labor de intercesión pastoral)» (**Marcos 6:45,46**).

Después del milagro de la multiplicación de los panes y los peces, los discípulos enseguida subieron a la barca, apresurados seguramente para ir a descansar. En el propio relato bíblico, notamos que Jesús se quedó para despedir a la multitud, ofreciendo su

cordial saludo en la despedida, y demostrando así su amor cálido y fraternal. A continuación, y como era habitual en él, se fue al monte a interceder en oración al Padre celestial: muestra de su verdadero interés por la multitud.

Volviendo a la enseñanza del texto, tengamos muy en cuenta que el «saludo cordial» es el acto de inicio en la mayoría de las relaciones personales; donde va a depender, en gran medida, la impresión que los demás tengan de nosotros, y por consiguiente de nuestro testimonio cristiano. Este ejemplo tiene una clara aplicación para las congregaciones cristianas, pues como bien enseñó el mismo Jesús: Qué hacemos de más, si solo saludamos a los que nos saludan.

Entendamos bien el concepto de «amor a Dios», ya que el amor que no se muestra de manera horizontal (hacia los demás), es porque no contiene verticalidad (hacia Dios). Teniendo presente el modelo del Maestro, resulta un contrasentido amar a Dios y a la vez ignorar a nuestro prójimo. Si es cierto que el cristiano ama al prójimo, tendrá que demostrarlo fehacientemente, así como lo hizo Jesús.

Valoremos en su dimensión correcta el concepto de amor, porque si éste se expresa solamente en la teoría, bien podemos asegurar que no es el verdadero amor de Dios. Parece lógico, pues no se puede concebir un cristianismo en el plano de la mística particular, sin que haya unas implicaciones de carácter social, donde nuestro amor al prójimo se evidencie de forma concreta.

Aprendamos del ejemplo de Cristo, pues no existe manera mejor para comenzar a poner en práctica el amor de Dios, que ofrecer mediante «el saludo» una prueba amable de nuestro afecto fraternal. No tenemos excusa para no hacerlo, pues así como el Maestro se quedó despidiendo a la multitud, también todo discípulo suyo debe expresarse amigablemente, brindando sin reservas un trato afectuoso a los demás: «*Él despedía a la multitud*».

Siguiendo el modelo bíblico, busquemos así el vínculo de cordialidad fraternal en las relaciones interpersonales, donde nuestra forma de expresión, agradable y cercana, muestre los valores fundamentales del Reino de Cristo.

*La demostración de nuestro amor al prójimo, es la medida de nuestro amor a Dios.*

## **EJEMPLO DE MISERICORDIA**

La misericordia de Jesús por cada individuo, se hizo patente a lo largo de su ministerio. Y ésta se expresó de una manera especial, a través de su compasión por los pobres, enfermos y marginados de la sociedad: testimonio práctico que describió el gran amor de nuestro Señor.

**«Y Jesús, teniendo misericordia de él** (a la buena acción le precede la misericordia), **extendió la mano y le tocó, y le dijo: Quiero, sé limpio»** (**Marcos 1:41**).

La frase expresada en el texto: «*teniendo misericordia de él*», refleja la intención manifiesta con la que Jesús en todo momento realizó su cometido personal. En este caso, se nos presenta a un hombre afectado de lepra, que despertó la compasión del buen Pastor. Y tras el primer contacto, y por petición del leproso, el Jesús misericordioso obró el milagro de la sanidad.

Con este y otros ejemplos de amor verdadero, la labor pastoral de nuestro Señor se veía impregnada de gran bondad en todas y cada una de sus acciones. De ahí que, en su sentido causal, la actitud de misericordia primeramente se tiene («teniendo», hemos leído), es decir, se gesta primero en el corazón, y posteriormente se evidencia en la práctica.

Según lo mencionado, inferimos de la compasiva actuación de Jesús, que todas las buenas obras hechas sin misericordia, se añaden a una larga lista de los que buscan solamente una «religión representativa». Esta clase de proceder puede hacer sentir bien a algunos, pero definitivamente está exenta de toda bendición espiritual para el que la practica.

Con el objeto de conservar el equilibrio espiritual, es preciso reconocer que el énfasis principal de nuestro ejercicio cristiano recae en el ser, y no tanto en el hacer, que mucho menos en el tener. Y en este buen hacer, todo creyente fiel debe actuar hacia los demás sobre la base de su propio estado interior, esto es, un corazón que primero ha logrado alcanzar la misericordia de Dios.

En el lado opuesto, se encuentran aquellos que pretenden realizar obras de misericordia, a la par que su corazón carece de ella. Con esta errónea forma de obrar, no se consigue más que imitar a los líderes religiosos de la época de Jesús, los cuales, aun teniendo apariencia de piedad, estaban privados de todo amor y compasión, especialmente por causa de su orgullo espiritual.

El planteamiento del Maestro invita a una fe activa que obre a través del amor... Se requiere del discípulo de Cristo, pues, que sus actos de misericordia no solo se deriven de una buena acción, sino en primer término de un verdadero espíritu compasivo. Así es como la actitud siempre ha de preceder a la acción.

Recalcamos la enseñanza, señalando que toda legítima obra buena hacia los demás, se asienta primero en el corazón: «*Y Jesús, teniendo misericordia de él*».

**«Tengo compasión** (sentimiento de amor) **de la gente** (no solo de los amigos), **porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer** (también de pan vive el hombre...), **y si los enviare en ayunas a sus casas, se desmayarían en el camino, pues algunos de ellos han venido de lejos** (gran percepción de las necesidades ajenas)» (**Marcos 8:2**).

Como bien podemos apreciar, el mensaje de Jesús no quedó relegado a la expresión imaginaria. Su verdadero amor se tradujo en una preocupación sincera por las necesidades; y no solamente por las necesidades espirituales, sino también y como debe ser, por las físicas o materiales: «*Hace tres días que están conmigo, y no tienen qué comer*».

Incluida la anunciaciόn verbal del mensaje del Evangelio, por el cual logramos la salvación eterna, el ser humano tiene unas necesidades que cubrir en esta vida presente, y por tal razón éstas quedaron reconocidas en el mensaje de Cristo.

En efecto, la espiritualidad que contempla la vida cristiana como un simple elemento devocional, pero que escasea de principios aplicables a la vida material, no se conforma al modelo de Jesús.

Visto el asunto desde el ámbito de la fe práctica, procuremos compartir los bienes materiales que poseemos, los cuales Dios por su gracia nos suministra temporalmente para que los administremos. No pensemos de otra manera, porque mientras vivamos en este mundo, existirán necesidades ajenas (comer, vestir...) que de alguna manera, y dentro de nuestros medios, deberemos atender; y mayormente, como dice la Escritura, a los de la familia de la fe.

Adquirir una visión integral del Evangelio, nos ayudará a ser más sensibles con las necesidades de nuestro entorno. En esta sensibilidad espiritual, y en la medida de nuestras posibilidades, nos veremos impulsados a compartir con aquellos que más lo precisan: «*No tienen qué comer*».

Como señalábamos en el apartado anterior, las obras de carácter material que no se acompañan de misericordia, no constituyen «ofrenda aceptable» delante de Dios. De manera como ocurrió en aquellos tiempos, a veces las buenas obras pueden encubrir motivaciones egoísticas, las cuales se adaptan a una especie de «humanismo religioso», que muy poco se relaciona con el sentir de nuestro buen Pastor: «*Tengo compasión*». La falsa religión siempre busca algún interés personal, mientras que Jesús mostró su amor de una forma completamente desinteresada.

Por lo visto, si nuestro piadoso Maestro se movió a compasión por las necesidades materiales de aquellos que le seguían, entonces, ¿cuáles son nuestras motivaciones personales en el servicio a Dios?

**«Entonces, tomando la mano del ciego** (cercanía para con el necesitado), **le sacó fuera de la aldea** (atención personalizada)» **(Marcos 8:23).**

La ceguera física representada en la Biblia, es símbolo de la oscuridad espiritual en la que nuestro mundo se encuentra inmerso. El efecto del pecado, que radica en el corazón del ser humano, ha derivado en consecuencias verdaderamente trágicas; y éstas no comprenden solo enfermedad o muerte, sino también muchas clases de desórdenes espirituales... Frente a esta realidad, vemos que nuestro Señor no se mantuvo al margen de los nefastos resultados que el pecado trajo a la Humanidad. Por medio del servicio desinteresado que el buen Pastor realizó, afrontó con preocupación los problemas del ser humano; y lo hizo de una manera personalizada: «*Le sacó fuera de la aldea*».

Observemos con detenimiento el momento en el cual nuestro Señor toma la mano del ciego y lo conduce fuera de la aldea, estableciendo así una relación personal con él. En esta iniciativa, el Maestro acompaña al necesitado en el camino de la restauración, ofreciendo la guía y atención necesaria.

Podemos destacar, en esta escena, que cuando nuestro Señor realizó su labor de pastor, no lo hizo en la distancia, sino más bien acompañando al individuo en la resolución de sus conflictos: «*Tomando la mano del ciego*». Y haciendo nuestro el ejemplo, ninguno deberíamos distanciarnos de aquellas personas que precisan de nuestra ayuda... Cabe aquí una comprensión adecuada del tema, pues el contacto personal es algo indispensable en la relación práctica de amor hacia nuestros semejantes.

Todo discípulo de Cristo, como pastor de las ovejas que habitan perdidas en este mundo, y lejos de distanciamientos profesionalizados, hará bien en tomar de la mano e iniciar un contacto personal, con todo aquel susceptible de nuestra ayuda (en la medida adecuada), para que así como ocurrió en la experiencia de aquel invidente, la vida de muchos pueda llegar a ser plenamente restaurada.

Cualquier ocasión de hacer un bien al prójimo, no se repetirá dos veces. Aprovechemos, en este sentido, toda oportunidad que nos pueda surgir, bien sea en la iglesia local, en las reuniones particulares, en el camino a casa, en el trabajo, o en todo lugar donde aparezca la ocasión, para demostrar que nuestro cristianismo no consiste simplemente en conocer muy bien la doctrina, sino fundamentalmente en seguir el modelo de Cristo.

Si en verdad estamos siendo guiados por la mano del buen Pastor, ¿cómo podremos dejar de ofrecer nuestra mano amiga a aquel que más lo necesita?

*El verdadero amor se compadece de la desgracia ajena.*

## **EJEMPLO DE CONSEJERÍA**

El trabajo de consejería es cada vez más requerido en nuestro ámbito evangélico, por cuanto hoy no se suelen distinguir aquellos valores pastorales, que en cierta forma atañe a todo cristiano. Aprender, por tanto, de cómo Jesús aplicó una consejería bíblica, es buena medida para no extraviar el servicio pastoral, que de una manera u otra todos los fieles seguidores de Jesús deben realizar.

**«Viéndole ellos andar sobre el mar, pensaron que era un fantasma** (errónea interpretación), **y gritaron** (expresión de miedo)... **Pero en seguida habló con ellos, y les dijo: Tened ánimo** (animar); **yo soy** (la presencia de Jesús), **no temáis** (la seguridad de su poder)» **(Marcos 6:50).**

Traigamos por un momento a nuestra mente la imagen de Jesús caminando sobre el mar, en acto de sobrenaturalidad. Mientras tanto, sus discípulos, viendo la espectacular escena en riguroso directo, llegaron a imaginar que aquel que anduvo sobre el mar no podía ser más que un fantasma... Con este mismo sentimiento, entendemos que varios de los desarreglos psicológicos que se producen en nuestra mente y corazón, con los temores correspondientes, en ocasiones obedecen a interpretaciones erróneas de los acontecimientos que nos rodean... El producto de una equivocada interpretación fue,

precisamente, lo que provocó el particular sobresalto en el corazón de los discípulos: «*Pensaron que era un fantasma, y gritaron*».

A pesar de las primeras impresiones de sus discípulos, y del natural dictamen que habían realizado en su mente (Jesús parecía ser un fantasma), nos percatamos de que ningún reproche salió de sus labios; parece ser lo contrario, palabras de ánimo llegaron al corazón de los aterrorizados discípulos: «*Tened ánimo*».

Por otro parte, la presencia de Jesús llega a sus corazones como garantía de tranquilidad y fuente de consuelo. Lejos de ver fantasmas por doquier, el buen Pastor les ayuda a estar seguros de su poder y autoridad: «*Yo soy*».

Recogiendo el modelo del Maestro, podemos sostener la enseñanza de que ser consejero no consiste solo en dar buenos consejos. La consejería también va orientada a proveer, a todo aquel que lo necesite, de una visión apropiada de la persona y obra de Jesucristo. No cabe duda de que cada vez se hace más necesario adquirir una comprensión profunda y a la vez real (no fantasmagórica), de quién es Jesús y de qué manera interviene en nuestra vida, para poder cobrar ánimo y dejar fuera el temor que produzca cualquier acontecimiento sombrío: «*Y gritaron*».

Un buen consejero cristiano, dependiendo de su crecimiento espiritual, colabora en la sanidad del alma de todo aquel que lo precise; y entre otros métodos utilizados, el más importante consiste en proporcionar una perspectiva adecuada de la divinidad de Jesús y de su gran poder, procurando reorientar la vida espiritual del necesitado hacia una correcta relación con Dios, según el modelo humano de Cristo. Con este procedimiento se consigue que el temor disminuya, y se ayuda a resolver, en cierta medida, el conflicto psíquico o espiritual; acudiendo, como debe ser, a la seguridad que otorga la Palabra divina, y recibiendo el sano equilibrio que en todo momento nos ofrece.

Las palabras de gracia que el buen Pastor pronunció, fueron las de un consejero magníficamente comprensivo, que supo escuchar, animar, y proveer de la suave y bienhechora presencia espiritual: «*No temáis*»; trayendo con su presencia el consuelo del alma, que por otro lado, y en momentos precisos, todos vamos a necesitar.

Así como lo expresó el Maestro, seamos comprensivos con aquellos que suelen ver «fantasmas» a su alrededor, y como resultado viven en constante temor; considerando, en cualquier caso, el estado deficiente de nuestra propia debilidad humana.

Es muy probable que a lo largo de nuestra vida aparezcan supuestos fantasmas (circunstancias y personas varias) que inquieten toda armonía interior. En lo que concierne a nuestra labor de consejería –en el modelo del Maestro–, deberemos recordar a aquellos asustadizos hermanos en la fe, que el buen Padre celestial se halla en control de todas las cosas, y por consecuencia no deben verse fantasmas donde en realidad está la presencia de Jesús, el buen Pastor.

**«*Iban por el camino subiendo a Jerusalén; y Jesús iba delante* (el líder siempre toma la delantera)...» (Marcos 10:32).**

La expresión que encontramos en el texto: «iba delante», a simple vista podría carecer de significado. Sin embargo, parece obligatorio descubrir el ejemplo del buen consejero, que no va delante solo por ser pastor, maestro o líder, sino por la disposición que en todo momento mantuvo en su servicio al próximo.

Visualizando la escena bíblica, apreciamos que los discípulos de Jesús iban por el camino hacia Jerusalén, seguramente pendientes de lo que hacía el Maestro; mientras que Jesús iba delante de ellos dando ejemplo de completa disponibilidad, como debe ser propio del buen consejero.

Atendamos a la enseñanza, porque aunque Jesús tenía alma de líder, nunca expresó su espiritualidad situándose por encima de los demás, sino que como venimos señalando, fue más bien delante a modo de siervo. Debemos recordar que en aquel tiempo ir delante del grupo en un camino situado a las afueras de Jerusalén, suponía exponerse el primero a todos los peligros: ladrones, animales fieros, obstáculos en el terreno, y demás dificultades que pudieran aparecer en el camino.

Aprendamos del buen Pastor, el cual tomó la iniciativa para ir delante... A veces, dar el primer paso en el servicio, constituye buen remedio para no quedar rezagados en el ejercicio de nuestro servicio cristiano. Es verdad, no sirve de mucho una enseñanza que no alcancemos a cumplirla nosotros primero, puesto que los demás apreciarán sobre todo el ejemplo práctico en las decisiones, y no tanto nuestras bonitas palabras.

Recibamos el ejemplo de Jesús como buen consejero, porque si él acompañó a sus discípulos yendo delante en el camino, también nosotros, como seguidores del Maestro, debemos marchar junto a nuestros hermanos en la fe con la firme disposición de adelantarnos... en lo que a servicio se refiere.

Al igual que en las guerras de la antigüedad, podemos pensar que el devenir de nuestro cristianismo se asemeja mucho a una batalla. Y en tal batalla nadie, por muy líder que sea, debe quedarse en la retaguardia. Cuanto mayor posición o cargo espiritual, mayor será la responsabilidad en tomar la espada, y a modo de soldado valiente, avanzar delante de las tropas para luchar contra el enemigo. Un paso adelante en la llamada voluntaria de cualquier soldado, es señal de valentía, disposición, y cumplimiento del deber. Si Jesús tomó la iniciativa, ¿por qué no hacemos nosotros lo mismo, y vamos delante en el servicio de nuestros hermanos?

*Si Jesús va delante, no hay nada que temer.*

## **EJEMPLO DE TOLERANCIA**

No cabe la menor duda de que tenemos un Pastor benévolos y condescendiente, que a la verdad nos soporta más allá de los límites de nuestra impaciencia. Y no podría ser para menos, pues su corazón compasivo y lleno de amor le lleva a comprender, en su verdadera dimensión, la grave tragedia de nuestra insuficiencia humana.

**«Ellos le dijeron** (Jacobo y Juan): **Concédenos que en tu gloria nos sentemos el uno a tu derecha, y el otro a tu izquierda** (las pretensiones de los discípulos). **Entonces Jesús les dijo: No sabéis lo que pedís...»** (Marcos 10:37,38).

Si observamos con atención la escena bíblica, suponemos que estos discípulos, y con verdadero interés, querían asegurar su gloria en el Reino futuro. Y para conseguir este objetivo, pensaron que lo mejor que podían hacer era pedírselo directamente al Rey...

Bien podía haberse enfadado Jesús con ellos, debido a sus mezquinas intenciones. A pesar de todo, sabiendo que no habían entendido nada, o muy poco de lo que les había enseñado acerca del servicio, Jesús mantuvo la calma y en ningún momento se dejó llevar por un espíritu de crispación, rabia o descontento. La paciencia de nuestro Señor se puso a prueba, porque el llamado «tráfico de influencias» no estaba previsto en su ministerio. De hecho, les podía haber reprendido duramente por su actitud egocéntrica. Con todo, nuestro buen Pastor, siempre paciente, entendía como nadie la enorme fragilidad del ser humano.

Reaccionando a la propia ignorancia de los atrevidos discípulos, Jesús les hizo ver su craso error: «No sabéis lo que pedís». Y a continuación les recordó su fórmula cristiana acerca del servicio: «Si alguno quiere ser el primero (en el Reino futuro), será el postre de todos, y el servidor de todos (en el Reino presente)».

Inversamente al modelo presentado, resulta curioso descubrir que una sociedad cada vez más tolerante con el pecado, es proporcionalmente menos tolerante con las personas que lo cometen. Encontramos un claro ejemplo en los matrimonios, donde al parecer hoy no se soportan las deficiencias conyugales en lo más mínimo, siendo la intolerancia una de las mayores causas de divorcio. La verdad es que cada vez somos más indulgentes con el pecado, pero al mismo tiempo, y paradójicamente, más intransigentes con las personas.

Con espíritu reflexivo debemos adentrarnos en nuestro mundo interior, para comprender la extrema inconsistencia del ser humano, que por causa del pecado estropeó gravemente su naturaleza física y espiritual. Sirva, entonces, el ejemplo de nuestro paciente Maestro, para que usemos la máxima tolerancia con el prójimo, por lo menos, si cabe, para no alterar nuestra paciencia; consiguiendo exponer así, con sabia enseñanza, el error en el que muchos se encuentran: «No sabéis lo que pedís».

**«También los que estaban crucificados con él le injuriaban» (Marcos 15:32).**

Si realizamos mentalmente un salto en el tiempo, nos situamos históricamente en los instantes mismos de la crucifixión. Allí contemplamos un suceso que nos conmueve profundamente, observando que aquellos ladrones que estaban crucificados juntamente con Jesús, se atrevían a insultarle, ofendiendo sin consideración alguna a Aquel que entregaba su vida por ellos. Y máxime, cuando en aquellos extraordinarios momentos, nuestro Señor estaba soportando los horrores del castigo divino por causa de nuestros pecados. Fue en esas circunstancias de máximo sufrimiento, donde admirablemente el buen Pastor continuó revelando su gran compasión por el prójimo, incluyendo a los verdugos que le llevaron a la cruz, a la multitud que le increpaba, y a los dos crucificados que le acompañaban. En ese mar de sufrimiento, el Cristo crucificado aceptó la dura prueba por la que tuvo pasar, guardando silencio en medio de las injurias.

Es en el periodo de sufrimiento, pues, cuando la prueba resulta más difícil de soportar; es cuando el gozo se ve empañado por nuestros sentimientos, la paciencia es puesta al límite, la fe es probada al extremo, y nuestra fidelidad a Dios resulta más difícil de mantener. Por ello, no nos asombré ver a ciertos individuos que, en situaciones de incomodidad, no paran de lamentarse por todo; impacientes por las contrariedades de la vida, guardan gran resentimiento, ya que al parecer solamente ellos sufren, adoptando en ocasiones una actitud de queja contra Dios, y manteniendo como resultado una postura intolerante hacia los demás.

Mantengamos buen juicio en lo que a nuestra vida cristiana afecta, porque pese a las circunstancias hostiles que pudieran sobrevenir, no tenemos causa alguna para quejarnos, y sí motivos sobrantes por los que dar gracias a Dios. De igual forma que el Maestro, debemos mostrar paciencia, tolerancia y respeto con los demás, aun con aquellos que nos rechazan o increpan.

Amar cuando estamos pasando por momentos de bienestar, no tiene demasiado mérito. Pero amar a nuestros enemigos, incluso en momentos de máxima aflicción, sitúa al discípulo de Cristo en un plano muy superior respecto a las demás virtudes que se pudieran mostrar. Que nuestra oración sea: *¡gracias Dios por tu tolerancia y paciencia para conmigo! ¡Ayúdame a ser paciente, y a poder asumir las pruebas con serenidad! ¡Y concédemel un amor sobrenatural para amar a mis enemigos, aunque sea en los momentos de máxima desdicha!, como así lo hizo el Maestro.*

¿Qué pastor da su vida por las ovejas? Solamente podría ser nuestro Pastor amado: el Señor Jesús.

*La tolerancia es siempre amiga de la comprensión.*

## **EJEMPLO DE COMUNIÓN**

El ministerio de Jesús se destacó además por el significado tan especial que le otorgó a la comunidad de hermanos. Con este espíritu comunitario, deseó mantener siempre, y en todo lugar, la «comunión fraternal» con sus discípulos, y también con todos aquellos que deseaban seguirle.

**«Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar (resultado ministerial de haber estado con Jesús)» (Marcos 3:14).**

Como indica el texto bíblico, nuestro Señor apreció en gran manera la colaboración ministerial, y no pretendió realizar una labor en solitario. Con esta intención estableció a doce discípulos, para que fueran un ejemplo de comunidad, donde a través de la comunión con él, el amor cristiano pudiera tomar la forma personal y colectiva.

Abordando el tema de la comunidad, no podemos pasar por alto el individualismo atroz que hallamos en nuestro mundo presente, el cual ha provocado un fatal distanciamiento de los unos con los otros, repercutiendo negativamente en la unidad

espiritual y práctica que la iglesia debe guardar. Es preciso recordar una vez más, que siendo discípulos de Cristo, nuestro ideal no se encuentra en la sociedad individualista en la que vivimos, sino que como ya venimos resaltando, se halla en el modelo del Maestro: «*Para que estuviesen con él*».

En el ámbito de la comunión cristiana, el individuo y la comunidad se interrelacionan mutuamente, por lo que el uno se beneficia del otro. En esto, la Escritura nos hace saber que todos los creyentes formamos parte del Cuerpo de Cristo, y en esta condición, todos los miembros deben funcionar con cierta dependencia. La analogía es obtenida del propio cuerpo humano. Pensemos por un momento la horrenda imagen que mostraría un cuerpo cuyos miembros se articulasesen independientes y sin coordinación alguna...

Aceptamos que la espiritualidad contiene un alcance entre Dios y el ser humano como individuo, y efectivamente esta relación es insustituible. Pero no nos olvidemos de que vivimos en una sociedad, y como cristianos adquirimos una responsabilidad en cuanto a las personas que nos rodean. Luego, el modelo de vida cristiana que Jesús instauró, se administra positivamente en la medida que éste contenga una dimensión comunitaria.

Por lo general, descubrimos en el Nuevo Testamento que las figuras sobre la iglesia de Cristo se conciben casi siempre en forma colectiva. Así, y no de otra forma, le ha placido a Dios escoger, no a un individuo, sino a un pueblo. Entonces, practicar la comunión fraternal entre los hermanos, como el Maestro nos enseñó, parece ser la base de un cristianismo que no se limita a los cultos dominicales, sino que se integra en la vida cotidiana, donde se consigue dar forma a los principios colectivos del reino de Dios.

Es en la comunidad de hermanos, sin duda alguna, donde debe ponerse en práctica el ejemplo de Jesús, incluida la iglesia local. Sin olvidar, por lo expresado en la mención bíblica, que la comunión entre los hermanos tiene sentido en tanto que nuestra comunión con Jesús es verdadera: «*Para que estuviesen con él*». Así, pues, deducimos que la relación efectiva con los demás cristianos, resulta del efecto natural de nuestra buena relación con Dios.

Ante la ilustración presentada, reconocamos el valor de nuestras relaciones personales, porque si nuestra comunión con los demás es deficiente, ¿en qué lugar se halla nuestra comunión con Dios?

**«*Él les respondió diciendo: ¿Quién es mi madre y mis hermanos? Y mirando a los que estaban sentados alrededor de él, dijo: He aquí mi madre y mis hermanos. Porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ése es mi hermano, y mi hermana, y mi madre*» (Marcos 3:33-35).**

Como en otros textos bíblicos, también se hace necesario introduciéndonos en el ambiente del pasaje, para notar que la familia de Jesús estaba buscándole. Y ante las indicaciones de las personas que le rodeaban, la propuesta del Maestro se formuló en forma de pregunta y respuesta, conteniendo un enfoque comunitario eminentemente espiritual: «*¿Quién es mi madre y mis hermanos?*».

Pensemos que en el orden de una sociedad tan patriarcal como la de aquel tiempo, el proyecto de Jesús fue destacadamente revolucionario. Enfrentarse con las costumbres propias de la época, no fue fácil para Jesús. Pese a todo, fue un hombre dotado de gran valentía. Su mensaje rompió los moldes establecidos, cuestionando la relativa seguridad que pudiera proporcionar los lazos familiares, cuando ésta no puede ofrecer la seguridad eterna que corresponde solo a Dios.

Jesús viene a instituir una renovada categoría en las relaciones personales y familiares. Y es así como la posición de igualdad que el buen Pastor otorga a todos, se hizo patente en sus tajantes declaraciones: «*Porque todo aquel que hace la voluntad de Dios, ése es mi hermano...*». Verdad es, en el Reino de Dios no hay tratos de favoritismo, diferencia de castas, preferencias familiares o jerarquías impuestas, pues todos somos iguales delante de Él.

La enseñanza que Jesús comunicó a sus conciudadanos, quedó luego confirmada por sus apóstoles a través de los escritos apostólicos. En estos escritos neotestamentarios se aclara que la persona convertida a Dios pertenece exclusivamente a Él; y en esa posición obtiene una nueva y hermosa identidad espiritual, con la cual queda integrado como ciudadano del único pueblo de Dios.

Si bien la afirmación de Jesús tiene todo el peso de la verdad, no debemos menospreciar en ninguna manera a la familia en la carne, naturalmente. En este asunto, la diferencia se halla cuando discernimos que los valores que ha recibido el discípulo de Cristo, corresponden a un plano muy superior a los valores de este mundo, y así habrá de aplicarlos, incluyendo por supuesto a la familia.

El texto bíblico que hemos leído nos enseña, con toda certeza, que la «comunión espiritual» se hace solamente posible con aquellos que forman parte de la familia de Dios (los que hacen su voluntad).

Con esta orientación, la comunión cristiana tiene su razón de ser entre los creyentes en Cristo, y no haremos bien en buscar la seguridad completa, sea temporal o eterna, en los lazos terrenales de la familia carnal.

Examinemos nuestra actitud para con Dios, y preguntémonos si nuestros intereses personales o familiares, se están situando por encima de los intereses del Reino de los cielos. «¿Quién es mi madre y mis hermanos?», preguntó el Maestro...

**«Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan, y los llevó aparte solos a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos» (Marcos 9:2).**

Si bien decíamos que Jesús no ofreció tratos de favoritismo, la verdad es que fueron distintos los niveles de relación que mantuvo con sus discípulos. Con el fin de compartir el milagro de la transfiguración, Jesús escogió a tres y no a todos los discípulos.

Para obtener una opinión correcta sobre el tema, tal vez podemos hacernos las siguientes preguntas: ¿Necesitó Jesús a tres discípulos para subir al monte y vivir esa trascendental experiencia? Recapacitando con lógica, creemos que no. ¿Para qué lo hizo entonces?, ¿para impresionarles? Estamos seguros de que tampoco fue el propósito de aquella sobrenatural manifestación. Esta experiencia, aparte de mostrar su gloria mesiánica y fortalecer la fe de los discípulos, sirvió como un testimonio personal para ellos, y al mismo tiempo como relato registrado en los evangelios para las generaciones posteriores.

Siguiendo el estilo de vida de nuestro Señor, destacamos que el anhelo de su corazón fue siempre el de compartir. Con esta motivación quiso hacer partícipe a sus discípulos más íntimos de aquella maravillosa experiencia de bendición. Tal ejemplo es de particular valor para nosotros, ya que corresponde al discípulo buscar la edificación espiritual del prójimo, y no guardar en el «cuarto trastero» las experiencias que se devienen de la relación con la Palabra divina. Por lo cual, visto el ejemplo, estamos llamados a compartir con otros nuestras vivencias espirituales, así como las varias bendiciones que hemos recibido de parte de Dios.

Fijemos bien nuestra atención en el modelo bíblico, porque Jesús muestra su cercanía como pastor, pero también como amigo. Con esta misma impresión de la amistad, hemos de aprender a compartir con nuestros hermanos tanto las bendiciones físicas como las espirituales, procurando en todo momento su bienestar personal.

En su sentido más íntimo, según el modelo de Jesús (escogió a tres discípulos), no pretendamos mantener un mismo nivel de comunión con todos; ello sería una imprudencia, puesto que las personas se relacionan especialmente por su grado de afinidad, debido a sus distintos caracteres, edades, cultura, y demás factores que influyen decisivamente en el trato personal: «*Y los llevó aparte solos*».

En conclusión, según hemos contemplado en el ejemplo del Maestro, debemos seguir luchando para reavivar el espíritu comunitario, en contra del espíritu individualista que, la verdad sea dicha, sigue residiendo plácidamente en muchas de nuestras congregaciones.

*Lo que nos acerca a Jesús es hacer su voluntad, no el parentesco.*

## **JESÚS, EL GRAN MAESTRO**

Pese a las diversas opiniones que se pudieran tener sobre los métodos instructivos del Señor Jesús, lo cierto es que fue el Maestro por excelencia, que ningún maestro a lo largo de la Historia ha logrado superar: en su forma de enseñanza, en sus dotes didácticas, en su trato con los demás, en sus ejemplos claros y prácticos... En esta distinción, su doctrina profunda y trascendente, pero expuesta de manera fácil y comprensible, poseía un alcance universal, cautivando el corazón de todo aquel que se prestaba a escucharle con atención. Por este y otros motivos, el modelo de Cristo en esta materia es digno de imitar: *«Porque ejemplo os he dado, para que como yo os he hecho, vosotros también hagáis»* (Juan 13:15).

### **EJEMPLO EN LA ENSEÑANZA**

El ejercicio del oficio profético y pedagógico, formó parte sustancial del ministerio de Jesús, realizado tanto de modo verbal, como a través de su propia vida ejemplar.

**«Y de nuevo les enseñaba como solía» (Marcos 10:1).**

Es necesario aquí destacar la importancia que tuvo la enseñanza en el ministerio del Maestro. Por lo que podemos apreciar en los evangelios, pasaba mucho tiempo enseñando; no siendo para él una tarea inconstante, o un trabajo de carácter irregular, sino parte de un proceder permanente a lo largo de todo su ministerio: *«Y de nuevo les enseñaba»*. De igual forma también es de esperar, que una disposición constante a la enseñanza forme parte de la rutina diaria del discípulo de Cristo.

La costumbre de Jesús era instruir y educar, y no tan solamente de forma oficial en las sinagogas, en las convocatorias al aire libre, o en las reuniones realizadas a tal efecto. Sino que fue su manera natural de vivir, mostrada con un talante abierto y espontáneo, lo que trasmittió modelos de sabia enseñanza; la cual se demostraba en las conversaciones mantenidas, en las respuestas a las preguntas que le formulaban, en las valoraciones sobre los aspectos terrenales y celestiales, y demás consideraciones que constituían los capítulos de la vida cotidiana... Así como el Maestro lo hizo, los cristianos debemos ejemplarizar nuestra formación cristiana de una forma natural a través de la propia vida: *«Les enseñaba como solía»*.

Para seguir fielmente el modelo de Jesús, no olvidemos que toda enseñanza requiere de una disposición real de amor hacia los demás, donde la búsqueda del bien ajeno marque la diferencia entre un cristianismo teórico y práctico. No es válida una enseñanza fría e insensible a las necesidades del corazón humano. Según esta idea, parece comprensible que la imagen que los demás tengan de Jesucristo, será en cierta medida la imagen que como discípulos logremos comunicarles.

Para no andar confundidos por este mundo, necesitamos la Palabra de Jesús, que no solamente deberemos aprender y transmitir con nuestros labios, sino que también, y siendo lo más importante, con nuestra manera de vivir el testimonio diario.

Observemos, pues, el desarrollo de nuestra comunicación, porque si Jesús les enseñaba como solía hacerlo, igualmente nuestra vida diaria debería constituir una constante enseñanza, tanto verbal como vivencial.

**«Y se admiraban** (reacción lógica de la gente) **de su doctrina; porque les enseñaba como quien tiene autoridad, y no como los escribas»** (Marcos 1:21,22).

Dos instrucciones básicas encontramos en el texto. La primera, que aquellos que le escuchaban, se admiraban. Y la segunda, que enseñaba con autoridad.

Resulta comprensible que la extraordinaria predicación del Maestro, tanto en su fondo como en sus formas, consiguiera cautivar el corazón de los allí presentes. Su manera de hablar, el rico contenido de sus palabras, su mensaje asombroso y fascinante, logró penetrar en lo más profundo del alma, llegando a las necesidades más existenciales del espíritu humano. No parecía nada extraño, pues, que muchos quedaran maravillados de su doctrina.

Notamos que el mensaje de Jesús, lleno de sentido y propósito, imprimía los valores de la autenticidad, procurando no solamente informar, sino llenar de fe, aliento y esperanza, el corazón vacío de todo aquel que se disponía a escucharle con interés: «Y se admiraban».

A lo largo del evangelio descubrimos que el Maestro no enseñó solamente con palabras llenas de sabiduría, sino que además vivía lo que enseñaba; pensamiento que venimos resaltando en el ministerio de Cristo. Y creemos que esta era la fuerza de su mensaje, que respaldado por una vida ejemplar y apoyado por la antigua Escritura, consiguió mostrar plena autoridad en todos sus dichos, la cual no fue impuesta por la religión del momento, sino delegada por Dios mismo: «Enseñaba como quien tiene autoridad».

Comprendamos el propósito didáctico de Jesús, porque el valor de la enseñanza no solamente se plantea para la vida eterna, sino también para la vida diaria. Con esta aspiración debemos preguntarnos si realmente el efecto de nuestra comunicación resulta ser constructiva para los oyentes, o por el contrario estamos divulgando un mensaje carente de sentido práctico. Es cierto que a veces se comete el error de pronunciar mensajes, orales o escritos, de complicada argumentación evangélica, que al fin y al cabo no enseñan nada, o por lo menos nada claro. En cambio, la enorme sencillez de Jesús y su gran sabiduría, se conjugaban de tal manera que la enseñanza resultaba rica y en buena medida práctica. Ejemplo nada desdeñable para poder imitar.

Es preciso detener nuestra mirada en el obrar del Maestro, porque si su predicación causó la admiración de los oyentes, ¿por qué, entonces, los mensajes de hoy parecen despertar tan poco interés?

**«...Y gran multitud del pueblo le oía de buena gana»** (Marcos 12:37).

Parece oportuno pensar que esta declaración bíblica quisiera verse cumplida en el ministerio de cualquier predicador, enseñador o evangelista. Sin embargo, la apreciación que existe en gran parte de nuestro mundo cristiano, viene siendo la contraria.

Siguiendo las propuestas didácticas de Jesús, distinguimos que no fueron en ningún modo superficiales, dado que supo compatibilizar la sencillez de expresión con la profundidad de pensamiento, comunicando de esta forma lecciones espirituales y a la vez provechosas. Su mensaje claro y directo confrontaba a cualquier persona, por muy religiosa que fuese, con la verdad absoluta, desnudando su alma y sentándola frente a Dios; y haciendo que cada uno, en forma particular, realizará su propia decisión personal.

No resulta confusa la indicación del evangelista Marcos, puesto que Jesús proclamó una enseñanza que en manera alguna pasó inadvertida. Enseguida las palabras del Maestro se convirtieron en suave bálsamo para el corazón atribulado, fortaleza para el cansado, luz para el confundido, guía para el desorientado, así como aliento y esperanza para todo corazón triste y desalentado: «El pueblo le oía de buena gana».

Meditemos sobre el presente ejemplo, comparativo a la realidad de nuestro cristianismo contemporáneo. En este punto, ocurre que nuestro mundo cristianizado no tiene hambre de la Palabra de Dios. Al parecer una especie de «empacho» ha logrado hastiar el corazón de los asistentes a la iglesia, y son muchos los que han perdido el deseo por las cosas espirituales. Pero lo peor de todo es que, por lo común, la enseñanza de los

líderes o enseñadores no logra estimular el apetito de la gran masa de creyentes que viven con esa permanente carencia de alimento espiritual...

No fue así en la manera de enseñar del Maestro, la cual despertó, por un lado, las ganas de probar el alimento que ofrecía vida abundante, y por el otro, consiguió saciar el voraz apetito espiritual de aquellos que con ávido deseo buscaban el sentido trascendente a su desdichada vida.

Como cita el texto bíblico, buena parte de la multitud que escuchó las palabras del de Jesús, le oía de buena gana. Pero, aun con todo, también la respuesta de muchos fue el hacer oídos sordos, manteniendo su corazón cerrado a la predicación. Siendo así, el objetivo fue cumplido: ya no podían quedar sin excusa ante aquellas palabras de gracia.

Parece recomendable analizar nuestra forma de comunicar el mensaje de la Palabra, no sea que estemos aburriendo a los oyentes, y más que abrirles el apetito –en contra del ejemplo de Jesús–, lo que estemos haciendo sea contribuir negativamente en la desgana existente, causando así una impresión equívoca del rico y beneficioso mensaje que posee la exposición de la Palabra divina.

**«Con muchas parábolas como éstas les hablaba la palabra, conforme a lo que podían oír (adaptación del mensaje). Y sin parábolas no les hablaba; aunque a sus discípulos en particular les declaraba todo» (Marcos 4:33,34).**

Una de las aplicaciones pedagógicas de Jesús más significativas, fue la de presentar la Palabra de Dios con parábolas. Siendo una la enseñanza central de las parábolas, éstas ofrecían la porción específica que cada cual necesitaba. De esta manera, algunos que escuchaban no entendieron absolutamente nada de lo que se decía, por estar su corazón cerrado al mensaje celestial. Otros, aun comprendiendo en parte el contenido de las parábolas, rechazaron el mensaje, por lo que al tiempo añadió a sus personas el mismo juicio de la propia enseñanza. No obstante, para los menos, la forma ilustrativa de la parábola les proveyó de luz espiritual y firme instrucción, obteniendo con ello la orientación que necesitaban en aquel momento para hallar el camino verdadero.

Cuán sensata parece la consideración que realiza Marcos sobre el modelo de Jesús: «*Les hablaba la Palabra, conforme a lo que podían oír...*». Con este propósito especial, se hace obligatorio en nuestra predicación acomodar el mensaje al oyente, para así poder alcanzar una comunicación que sea del todo comprensible y adecuada.

Visto el asunto de forma inversa, los mensajes que se ofrecen con independencia de las necesidades del auditorio, se convierten en efímeras palabras, que en la mayoría de los casos son definitivamente inservibles. Tampoco se trata de malgastar palabras, sino en cualquier caso de comunicar un mensaje, que será distinto en el contenido y en las formas, dependiendo de los receptores. Con este ánimo, el nivel de comunicación que Jesús mantuvo con sus doce discípulos, fue diferente del resto de la multitud que le seguía. «A sus discípulos les declaraba todo», hemos leído en el texto sagrado.

Es bien sabido que no se puede decir todo lo que se piensa. Consideremos, pues, la necesidad de establecer algunas reservas a la hora de expresar nuestro mensaje. Veamos un ejemplo: La forma con la que un médico debe transmitir el grave diagnóstico a su paciente, es de vital importancia. Siempre tendrá que decirle la verdad, pero, no necesariamente deberá exponerle toda la verdad, reservando cierta información que el paciente no precisa conocer. La forma de comunicar el resultado del análisis médico, por lo tanto, determinará en gran medida el impacto y la aceptación en el paciente de cualquier enfermedad grave.

Siguiendo el ejemplo del Maestro, a la hora de anunciar nuestras ideas, es conveniente tener en cuenta el nivel cultural del oyente, su edad, el contexto social en el que se encuentra, y otros factores que permitan al próximo comprender con la mayor claridad posible nuestro mensaje. Entendamos, pues, que la manera de comunicar la doctrina o enseñanza, es el vehículo por donde transmitimos el mensaje. Nos preguntamos, entonces, por las formas de expresar nuestro mensaje bíblico, y también por el impacto que causa en los demás nuestra manera de enseñar.

*No enseñemos a los demás como profesor, sino como hermano.*

## EJEMPLO DE EVANGELIZACIÓN

Si queremos defender la verdad bíblica tal y como se pronuncia en el modelo de Cristo, habremos de admitir que la evangelización, en sus formas bien aplicadas, es una asignatura bastante descuidada en nuestra Iglesia evangélica más cristianizada.

**«...Jesús vino a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios, diciendo: El tiempo se ha cumplido (veracidad bíblica), y el reino de Dios se ha acercado (presencia de Jesús, el rey); arrepentíos, y creed en el evangelio (dos mandamientos esenciales)» (Marcos 1:14,15).**

La primera enseñanza que nos presenta el relato bíblico, expresa que Jesús sigue su camino acompañado de una dinámica muy especial: «*Predicando el Evangelio del reino de Dios*». Así que, el ejemplo para imitar en este versículo es muy sencillo. Si como discípulos deseamos seguir a nuestro Maestro, habremos de aceptar que su ministerio guarda una relación estrecha con nuestra misión hoy. Y el consejo se halla, básicamente, en que no debemos reservar para nosotros el mensaje de salvación que nos ha sido confiado.

Si con la primera venida de Jesús «el tiempo se había cumplido», según hemos leído, es precisamente porque para los judíos que esperaban el Reino prometido en el Antiguo Testamento, se encontraba presente en Jesús... Al día de hoy podemos afirmar, con todas las garantías, que el reino de Dios se halla visible en Jesucristo y en su Iglesia, y es justamente esta enseñanza la que debemos transmitir. No tengamos una idea equivocada sobre el tema, porque si bien es cierto que esperamos con anhelo la plenitud futura de ese Reino, no es menos cierto que éste se encuentra vigente en el pueblo de Dios; por lo cual, es lógico pensar que todo cristiano habrá de vivir y predicar conforme a los reglamentos de ese Reino, cuyo Rey es cabeza de su iglesia: Jesucristo.

Si nos preguntamos sobre las bases doctrinales de la predicación, no hay que detenerse mucho en la lectura bíblica, para darse cuenta de que en el mensaje de Jesús hay un llamamiento a dejar el pecado, y en arrepentimiento depositar la confianza en el Evangelio; presentando asimismo el reino de Dios en su forma actual, como ya citamos.

Resulta indispensable imitar este modelo de predicación, porque aunque las estrategias y los procedimientos de comunicación pueden variar –como hemos visto en el apartado anterior–, los principios fundamentales no deben ser en absoluto modificados. Reparemos en el ejemplo del Maestro, ya que de ningún modo puede haber salvación si no hay arrepentimiento; como tampoco se puede creer, a modo de asentimiento intelectual o de aceptación doctrinal, si no existe una disposición al cambio, esto es, una verdadera entrega del corazón a Dios.

Trayendo a nuestra mente la manera de predicar del Maestro, vemos que en ningún caso insistió para que la gente se convirtiera. Aquel que rechazaba el Evangelio de la gracia, quedaba expuesto irremediablemente a su propia incredulidad. Al mismo tiempo, el Señor predicaba con plena serenidad, sabiendo que el punto crucial de su mensaje era llamar a los perdidos para indicarles el camino de la Salvación (sea que éstos se salven o se pierdan).

Si Jesús, como el Maestro, dedicó buena parte de su ministerio a la evangelización, ¿por qué hoy no logramos otorgarle la preeminencia que verdaderamente posee el mensaje de la Salvación para el ser humano?

**«...Y en el camino preguntó (método didáctico) a sus discípulos, diciéndoles: ¿Quién dicen los hombres que soy yo?» (Marcos 8:27).**

Una de las cosas que nos sorprende gratamente, y que encontramos frecuentemente en los evangelios, es la manera como el Maestro utilizaba las preguntas a la hora de enseñar. Bajo este mismo enfoque, queda suficientemente demostrado –en nuestro ámbito pedagógico–, que obtenemos un resultado más eficiente, cuando por medio de las preguntas alcanzamos a reflexionar sobre lo aprendido.

Parece evidente que la clave de nuestro crecimiento y madurez espiritual, no consiste solamente en retener datos informativos. Entender aquello que se ha estudiado, es la mejor forma de aprender y de integrarlo en nuestra vida. Por ello, reconocemos que la posible inestabilidad acaecida en nuestra vida cristiana, se pudiera deber, en muchas ocasiones, a la falta de su entendimiento. Si el discípulo de Cristo no consigue incorporar las enseñanzas bíblicas aplicables a la vida personal, seguramente sea porque no logra comprenderlas bien, y de manera razonable.

En resumen, si como discípulos de Cristo no alcanzamos a discernir bien nuestra identidad espiritual, a más de la doctrina cristiana que la comprende, indudablemente que no seremos capaz de vivirla como conviene, y mucho menos de expresarla con propiedad. De igual forma, si desconocemos el amplio significado y las implicaciones prácticas del Evangelio, también nos costará percatarnos de la necesidad de proclamarlo a los demás.

Siguiendo el modelo del Maestro, consideraremos las preguntas como herramientas del lenguaje, las cuales nos llevan a la reflexión, y como consecuencia a una mejor comprensión de la enseñanza. Pensemos bien, puesto que las preguntas que no logramos responder primero en nuestro fuero interno, se pueden convertir en verdaderos traumas emocionales. Porque, a saber, muchos de los problemas que la vida nos proporciona, y que tenemos que enfrentar, no ofrecen respuestas fáciles.

Las preguntas, asimismo, provocan la reacción del propio organismo, ofreciendo a nuestra mente una apertura mayor, donde los mecanismos de interés permiten asimilar mejor la lección. Por consiguiente, así como nuestro Maestro lo hizo, deberíamos incluir las preguntas en el proceso de nuestra comunicación, para que los oyentes no sean simples receptores, sino partícipes de la enseñanza, y miembros integrantes de la propia lección: «*Y en el camino preguntó a sus discípulos*».

La evangelización que se supone eficaz, debe llevar a la persona hacia el propósito esencial recogido en el texto bíblico que hemos leído: conocer a Jesús y conocerlo cada vez más. Si este fin no se cumple, por demás, y sin sentido, se halla toda la enseñanza bíblica que podamos impartir: «*¿Quién dicen los hombres que soy yo?*».

*La evangelización de Jesús, debe ser modelo de nuestra predicación.*

## **EJEMPLO DE AMOR A LA PALABRA**

Es posible que muchos errores que se han cometido, y al día de hoy se siguen cometiendo en nuestro entorno cristiano, se deriven en cierta manera de la ignorancia bíblica que poseemos. No nos referimos a saber la Biblia de memoria, o ni siquiera los conceptos básicos de la doctrina cristiana. Nos remitimos aquí a una comprensión adecuada del mensaje explícito de nuestro maestro Jesucristo.

**«*¿cNo erráis por esto, porque ignoráis las Escrituras, y el poder de Dios?*»**  
**(Marcos 12:24).**

Una vez más la pregunta afirmativa de Jesús se dirige al grupo de saduceos: personas de gran posición social que habían comprado los derechos administrativos del templo de Jerusalén, siendo éste la referencia indiscutible de la religión del pueblo. Dicha secta judía había corrompido las enseñanzas más sagradas de la Ley de Dios, y sus desviaciones doctrinales eran el resultado obvio de su propia ignorancia bíblica.

En aquel periodo histórico, solo el pueblo de Israel tenía el derecho de custodiar la Palabra de Dios. En cambio, la Biblia hoy está al alcance de casi todo el mundo; con excepción de países donde está prohibido el cristianismo, o periodos históricos donde las cosas sagradas han estado en manos de los dirigentes de la religión oficial, y bien se encargaron de que el mensaje bíblico y verdadero no saliera a luz.

En este relato, vemos cómo Jesús tuvo la sensatez, además de la valentía, de enfrentar a los líderes religiosos con su desconocimiento de la Escrituras; y no nos sorprenda si a veces también sus discípulos tendrán que hacerlo. Aunque para ello, desde

luego, no se habrá de luchar con las mismas armas de ignorancia que poseían aquellos saduceos, sino con las propias que concede la sabiduría de la Palabra inspirada: «*Erráis... porque ignoráis las Escrituras*».

No hay que fijarse mucho para darse cuenta de que Jesús le otorgó la máxima importancia al conocimiento de las Escrituras, siendo la base firme donde asentaba su propio ministerio. No es por casualidad que las mismas Escrituras giran en torno a su persona.

Del ejemplo del Maestro, aprendemos que el desconocimiento bíblico no es compatible con la vida cristiana. No se puede seguir a Cristo sin amar la Palabra de Cristo; aunque para tan sublime propósito evidentemente se haya de conocer bien. Pero tampoco se puede conocer si no se lee, medita y estudia. Y este procedimiento debe someterse al poder de Dios, puesto que solo Él puede ayudarnos a discernir el mensaje espiritual, que por otra parte es incomprensible para nuestra mente natural.

La Sagrada Biblia es la Palabra divinamente inspirada. Y sabemos que la Biblia no es un simple libro de fascinantes historias de la antigüedad, ni tan solo un compendio de buena moral; sino que en gran medida contiene la solución a los grandes problemas de nuestro mundo actual, los cuales fueron contemplados con gran preocupación por nuestro Señor. Además, el cristiano que indaga en ella como es debido, encuentra grandes tesoros escondidos en cada texto: en forma de enseñanzas, ejemplos, anécdotas, matices, detalles, y demás variantes, que sin duda se escribieron también para aumentar el enriquecimiento espiritual de todo discípulo de Cristo. Por lo tanto, si descuidamos esta labor tan necesaria, la recriminación de Jesús debe ser también aplicable a nosotros: «*Erráis... porque ignoráis las Escrituras*».

La voz incomparable del Maestro todavía resuena por medio de la Palabra escrita. ¿La seguimos apreciando hoy?

**«*Y les enseñaba, diciendo: ¿No está escrito...?*» (Marcos 11:17).**

Consideremos cómo la enseñanza de Jesucristo se enraizaba profundamente en la Escritura de entonces, la cual se conoce hoy como el Antiguo Testamento. La Palabra de Dios fue siempre el centro de la predicación de Jesús, y asimismo la utilizó en un sinfín de ocasiones. De hecho, él mismo constituye la Palabra encarnada: la revelación viva de Dios que viene a nuestro mundo... Esta verdad nos lleva a confirmar, con toda rotundidad, que el mensaje del Maestro es sagrado para todos sus discípulos. Y así fue, como en aquellos tiempos, sus palabras completaban y definían la Palabra inspirada en todo su esplendor, restaurando a la vez aquellas interpretaciones erróneas que algunos religiosos habían hecho de la antigua Escritura.

Del texto bíblico leído, deducimos que toda pronunciación doctrinal es válida siempre y cuando, como bien citó el Maestro, «esté escrito», o lo que es lo mismo, tenga su firme estabilidad en la Revelación escrita de Dios. Por el contrario, no debemos recibir como instrucción bíblica toda aquella enseñanza que no se afiance en la Sagrada Biblia con suficiente claridad: «*Y les enseñaba, diciendo: ¿No está escrito...?*».

Vistas las declaraciones de Jesús, no tenemos autoridad para exponer una enseñanza si ésta no contiene una base bíblica escrita que sea consistente. Aunque pudiéramos adornar nuestra doctrina con gran humanismo, acompañarla de reflexiones inteligentes o vestirla de expresiones admirables, si lo que pronunciamos no está escrito, de muy poco sirve para el verdadero discípulo de Cristo.

Tomemos buena nota de ello, porque lo escrito debe estar claramente escrito, esto es, que cualquier afirmación doctrinal tendrá que ser defendida por todo el contexto de las Sagradas Escrituras. De no cumplirse esta norma, no nos quedará más remedio que desechar cualquier enseñanza que se presente como doctrina verdadera, por muy bíblica que parezca.

Con toda convicción, los cristianos apreciamos la Biblia como única norma de fe y conducta para nuestras vidas, porque, sin ir más lejos, así se muestra en el modelo de Jesús.

*Del amor a la Palabra de Dios, se produce el deseo de hacer su voluntad.*

## EJEMPLO DE SABIDURÍA

El término «sabiduría» requiere de una correcta comprensión, sobre todo para evitar cualquier interpretación equivocada sobre el mensaje bíblico. La sabiduría es una facultad que procede del cielo, verdad es. Pero ésta no supone solamente el acumular múltiples datos informativos, o el proveernos de una inteligencia excelente. La sabiduría va más allá, porque consiste en «obrar» de la mejor manera posible, y con el mejor discernimiento: el de la Palabra de Dios.

**«¿De quién es esta imagen y la inscripción?... ¿Por qué me tentáis? Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios. Y se maravillaban de él» (Marcos 12:16,17).**

En esta escena recogida por el evangelista Marcos, hallamos una trampa dialéctica creada por los líderes religiosos de la época, para empujar a Jesús hacia una auténtica encerrona. De muy poco les sirvió su sagacidad, pues la sabia respuesta del Maestro ante la difícil pregunta de sus encuestadores, les hizo caer en la misma trampa que ellos habían elaborado tan perspicazmente. No fue nada extraordinario, por cierto, que ellos mismos se maravillaran de la sabiduría de Jesús.

Asidos al modelo de Cristo, nos llena de gran admiración su sabiduría. De ella, aprendemos que ante cualquier tentación procurada por los que nos rodean, sirva una respuesta sabia como la de Jesús para desarmarlos. Por mucho que nos acechen, o quieran hacernos caer, la sabiduría nos protege, nos guarda del mal, nos provee de discernimiento para entender, y capacidad para responder; porque la fuerza física, el poder humano, las riquezas, la inteligencia, y demás facultades, no prevalecen ante la sabiduría. Es por ello que el mismo libro de Los Proverbios nos insta con especial énfasis a adquirir la verdadera sabiduría.

Incuestionablemente la sabiduría proviene de Dios, y el Espíritu Santo nos ayuda en la asimilación y aplicación de esta gran virtud. Pero, siendo cierto, no esperemos que venga a nosotros en forma de rayo mental, porque el Espíritu nos ayudará siempre y cuando seamos diligentes. Dios tiene sus procedimientos para proporcionar sabiduría a sus hijos, y entre otros varios, se nos demanda el uso de la diligencia. Entre tanto, la Escritura nos insta a buscar la sabiduría como si fuera el tesoro más preciado que existe. Aunque, a decir verdad, y para desdicha de muchos, hoy sigue siendo todavía el más despreciado.

Si el Maestro nos dio el ejemplo de sabiduría, dando respuesta sabia a la difícil pregunta que le plantearon, también nos concierne saber utilizar nuestros pensamientos de forma que nuestros labios muestren respuestas sabias y acertadas en todo momento.

Visto desde la perspectiva espiritual, la sabiduría llega donde la inteligencia humana no es capaz de acercarse, ya que por sí sola camina por sendero distinto.

**«Dios no es Dios de muertos, sino de vivos; así que vosotros mucho erráis» (Marcos 12:27).**

En esta frase, la respuesta de Jesús fue dirigida hacia la raíz, al centro mismo de la cuestión. Y es que el Maestro no se anduvo con rodeos innecesarios; por el contrario, siempre pareció ir al origen del problema en todos los asuntos que manejó, y sus respuestas fueron, además de profundas, concisas y prácticas. En este caso, el argumento explicativo que presentó a los saduceos, pasaba por la propia lógica y el peso de la verdad divina: «Dios no es Dios de muertos».

Por otro lado, podemos advertir en la conclusión bíblica, que en ningún momento Jesús dijo que esta fuera su opinión o su parecer. La afirmación del Maestro fue categórica, e igualmente razonable. ¿Qué religión estaban profesando los saduceos, si no tenían presente al Dios de los vivos? Extrayendo el ejemplo de Jesús, comparativamente, a veces en nuestra manera de enseñar, se suelen pronunciar con bastante frecuencia frases como: *iEn mi opinión! isegún yo lo veo! ien mi criterio personal!* Es verdad que en cuestiones difíciles, o bien secundarias respecto a doctrina bíblica, debemos utilizar estos términos.

Sin embargo, cuando se trata de verdades fundamentales, como las que el Señor pronunció, nuestras confesiones deben ser del todo seguras, y no debe haber ningún tipo de duda en nuestros labios (ni en nuestros corazones).

Nos percatamos de que la respuesta de Jesús fue en todo sabia, aparte de concluyente. ¿Cómo podían plantear los saduceos una propuesta religiosa, desde la aceptación de un Dios eterno, donde la existencia humana se termine con la muerte...? Estamos convencidos de que Jesús nunca habló con ligereza, sobre todo en lo que se refiere a los asuntos que pertenecen a la eternidad. Antes bien, sus palabras, llenas de certeza y seguridad, contenían valiosas enseñanzas que no dejaban indiferente a nadie.

En resumidas cuentas, la sabiduría halla su especial encuentro, de manera casi obligatoria, en la forma y el contenido de la comunicación. Con este enfoque integral, el Maestro expresó su sabiduría tanto en sus enseñanzas como a través de sus propias acciones.

Si no aspiramos a vivir con el propósito de alcanzar la sabiduría, estemos alertas, porque la necesidad no tardará mucho en alcanzarnos a nosotros.

*El que no adquiriere sabiduría, su pobreza le delatará.*

## **EJEMPLO DE AUTORIDAD**

Hablar de autoridad se considera asunto arriesgado en un mundo tan extremo como el presente, donde fácilmente se confunden los términos. Jesús fue un maestro con gran autoridad, cierto es, pero en su manera de enseñar nunca se percibió formas de tiranía o despotismo alguno.

**«Y se burlaban de él. Mas él, echando fuera a todos...» (Marcos 5:40).**

Según reza el texto bíblico, la hija de Jairo había fallecido. Y nos imaginamos que sus parientes aplicaron todos los recursos médicos conocidos por entonces para intentar reanimar a la niña; pero de nada les sirvió. Las comprobaciones del momento daban fe de que realmente la niña había muerto, y parecía impensable que volviera otra vez a la vida. Aquellos que contemplaron la dramática escena, ven llegar a Jesús: un carpintero, que sin conocimientos médicos oficiales, pretendía restablecer la vida de la pequeña... Parece razonable, pues, que no creyeran que Jesús podría resucitarla, y por consecuencia la reacción natural a las palabras del Maestro, fue la burla. Con todo, Jesús respetó la incrédula opinión de los allí presentes; pero lo que no estuvo dispuesto, en ninguna manera, es a recibir la burla cuando el poder de Dios se iba a poner de manifiesto. A tal efecto, la reacción de Jesús no se hizo esperar, aplicando su autoridad espiritual con toda determinación, y echando así fuera a los incrédulos.

Hacemos bien en seguir el ejemplo del Maestro, porque el cristiano no debe ser considerado una persona apocada, que camine cabizbaja, en actitud de constante inferioridad. En sentido opuesto, el discípulo que deseé reflejar a su Maestro, marchará con la autoridad que le brinda su posición como hijo de Dios y fiel seguidor de Jesucristo.

Al igual que ocurrió entonces, seguramente habrá ocasiones en que recibamos el rechazo a causa del ejercicio de nuestra fe. Pese a todo rechazo, la imagen del testimonio cristiano ha de contener la impronta expresada en la autoridad de Jesús. Tal y como se desprende de su ejemplo, deberemos poner límites a nuestras relaciones personales, y aplicar prudencia en nuestro ministerio cristiano, para que a ser posible nadie sobrepase las fronteras del respeto y la libertad humana.

Como hemos observado en el texto, la paciencia tiene un límite, y así como el Maestro, también en determinados momentos al discípulo le corresponderá manifestar su autoridad como conviene: «Y se burlaban de él. Mas él, echando fuera a todos...».

**«Vinieron, pues, a Jerusalén; y entrando Jesús en el templo, comenzó a echar fuera** (decisión energética) **a los que vendían y compraban en el templo; y volcó las mesas de los cambistas, y las sillas de los que vendían palomas; y no consentía** (muestra de autoridad espiritual) **que nadie atravesase el templo llevando utensilio alguno. Y les enseñaba, diciendo: ¿No está escrito: Mi casa será llamada casa de oración para todas las naciones? Mas vosotros la habéis hecho cueva de ladrones»** (Marcos 11:15).

Esta secuencia histórica producida en el templo de Jerusalén, nos muestra un ejemplo de autoridad suprema: «Comenzó a echar fuera a los que vendían y compraban en el templo». Jesús se enfada, y con razón, descubriendo de tal manera, y a cara descubierta, el celo santo por las cosas sagradas. No es de extrañar, por ende, que Jesús comenzara a echar fuera a los cambistas, como a los vendedores y compradores, puesto que el templo se había convertido en un centro de negocio, haciendo que las cosas dedicadas a Dios tuvieran solamente un significado de tipo comercial. Y es que con aquello que ha sido santificado no se puede frivolizar, ni mucho menos convertirlo en medio de lucro, como hemos visto en la escena bíblica.

Examinando la aplicación bíblica, tenemos la impresión de que esta misma ambición ha perdurado en el tiempo, ya que también hoy existen los llamados «profesionales de la religión», que no tienen escrúpulos a la hora de lucrarse con los elementos sagrados. Tal y como expresa el texto leído, vemos la disposición errónea de aquellos que administraban en el templo, pues habían perdido por completo el sentido espiritual que debía tener, esto es, para la gloria, servicio, y adoración a Dios: «Mi casa será llamada casa de oración».

La integridad espiritual del Maestro puso al descubierto una santa indignación, que en tal caso fue provocada por el descaro con el que los presentes negociaban con las cosas santas. La impresión que Jesús recibió de lo que allí sucedía, contrastaba grandemente con la finalidad simbólica del propio templo, llevando un sentido claramente devocional, y no puramente profesional.

El ejemplo de Cristo nos enseña que no debemos esconder intereses personales en el servicio cristiano, ni mucho menos buscar beneficios materiales, pues ello hace que la vida espiritual cobre un aspecto horrendo a los ojos de Dios, ofreciendo a la vez una desfigurada imagen del Evangelio y de su gracia salvadora.

El celo santo de nuestro Maestro le llevó a expresar su autoridad con el máximo rigor, denunciando la verdad de lo que allí estaba ocurriendo; aplicando asimismo un calificativo que definió con toda precisión la categoría de aquellos administradores del templo: «Cueva de ladrones». Sin ningún reparo Jesús los llama ladrones, y con buen juicio, dado que algunos se habían apropiado indebidamente de los asuntos que pertenecen a Dios, manejándolos a su libre arbitrio, con el objeto de conseguir unos fines claramente egoístas.

Gracias a los dirigentes del templo que permitían aquel espectáculo tan grotesco, los sacrificios llegaron a degenerar en pura rutina religiosa, privada por completo de contenido espiritual. Así fue como la adoración a Dios se convirtió en un productivo negocio para algunos.

En relación al tema, reconocemos que nuestro Maestro fue cálido y amable en muchas ocasiones, pero aquí no tuvo por menos que enfadarse, y adoptar una postura de máxima indignación, al contemplar el grotesco espectáculo de corrupción que se ofrecía en el recinto del Santuario divino. De igual manera, el discípulo que se mantiene fiel a su Maestro, debería indignarse con la iglesia tibia que le rodea; pero sin incurrir, por supuesto, en una postura de odio o rencor, que sin duda nos descalificaría como seguidores de Jesús y promotores de su amor.

**«Todo el pueblo** (el pueblo que le escuchaba) **estaba admirado de su doctrina»** (Marcos 11:19).

Podemos advertir en el texto bíblico, que la autoridad de Jesús no se presentó marcada por el sometimiento al mandato divino, sino más bien por el resultado directo de

su predicación, que fue, sin lugar a dudas, lo que originó la admiración hacia su persona; una admiración, que como bien se sabe, ocasionó que toda una multitud se allegara al Maestro... Aunque, por otro lado, también provocó la envidia, como era de esperar, y en consecuencia el rechazo de su mensaje.

Es muy probable que Jesús no programara grandes sermones para impresionar a la sociedad de entonces, sino que su procedimiento fue el de compartir una enseñanza del todo natural, la cual provenía de su sabiduría divina, y de lo que tampoco debemos pasar por alto: de su verdadero amor hacia el prójimo.

Con la misma dinámica, la sabiduría de sus palabras y la claridad de sus expresiones, encontraban su espacio en las aplicaciones prácticas que supo presentar en cada una de sus lecciones. Todo ello le confirió a Jesús la base indiscutible de su autoridad, y por eso nadie podía rebatirle en ninguna enseñanza; y aquellos que lo intentaban, quedaban desarmados al momento, y encima acusados por su propia ignorancia.

Hoy no acontece según el modelo de Jesús, y así el cristianismo recorre sus días privado de efectividad. Y entre otros motivos, se contempla la falta de admiración por la enseñanza bíblica. No nos referimos tanto a la doctrina en sí misma, sino al mensaje vivo y eficaz de la Palabra, que es el que debe acompañar a dicha doctrina; porque cualquier instrucción que no convenga el corazón del oyente, atendiendo a sus necesidades personales, se convierte en una ciencia seca y vacía, que sirve para muy poco.

Sabemos que la autoridad del Maestro no fue determinada por la imposición de sus doctrinas, sino por el dulce impacto de sus palabras, que llenas de amor y compasión, atrajeron el interés de sus contemporáneos... Consideremos el claro ejemplo de Jesús, porque si nuestras propuestas cristianas no producen ningún impacto en el corazón humano, es porque a veces son pronunciadas por la vía de la imposición, y no por el camino de la atracción.

Habremos de meditar bien sobre el contenido de toda doctrina, y valorar si los componentes de nuestros mensajes son prácticos, atractivos, admirables; si éstos contienen aplicaciones personales, familiares, sociales o eclesiales, o si por el contrario provocan aburrimiento, desinterés e inapetencia. Con el mensaje de Jesús nadie permaneció aburrido e impasible, y mucho menos quedó indiferente. Así que, si el Maestro despertó la admiración de aquellos espectadores, nos preguntamos hoy, ¿qué efecto causa en la mente y el corazón del oyente nuestras palabras? Y, ¿cuántas veces podría decirse de nosotros que alguien se ha admirado por la doctrina que predicamos?

*La autoridad admirable de Jesús, debe imprimir autoridad a nuestro carácter.*

## **JESÚS, EL VERDADERO SIERVO**

El evangelio según lo presenta Marcos, consigue recoger de manera suficientemente descriptiva, la imagen del Jesús bondadoso que humildemente dispone su vida en favor de los demás. Y si en algo caracterizó su ministerio, fue en el gran servicio que prestó a sus contemporáneos: una demostración completamente desinteresada de su buen obrar, si tenemos en cuenta el pago que posteriormente recibió de su servicio al prójimo.

Reproducido el espíritu de este evangelio, nos corresponde fijar la atención en los hechos de Jesús, más que en sus dichos. Porque, a la verdad, el discípulo que pretende seguir fielmente sus pasos, debe encaminarse con la firme disposición a servir a los demás en todo momento. Y, si descuidamos este objetivo tan elemental por el cual Cristo nos dejó su ejemplo, estemos seguros de que todos los otros componentes del cristianismo, carecerán por completo de significado. Con especial intención aleccionadora, pues, Jesucristo comunicó a sus discípulos el propósito por el cual había venir:

**«Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir...»**  
**(Marcos 10:45).**

Esta declaración de Jesús, debería centrar nuestro pensamiento a la hora de poner por práctica el modelo que él mismo estableció. Servir a Dios y a nuestro prójimo, de la manera como el Maestro lo hizo, debe ser la máxima aspiración de cualquiera que, con buen sentido del término, se declare a sí mismo discípulo de Cristo.

### **EJEMPLO DE ENTREGA**

Es bien conocido por todos los creyentes, que Jesús entregó su vida por nuestros pecados en la Cruz, siendo este el centro neurálgico del pensamiento cristiano. Pero, no olvidemos en nuestra reflexión, que su vida terrenal en actitud de entrega diaria, fue dispuesta totalmente al servicio del prójimo.

**«Él les dijo (a sus discípulos): *Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco. Porque eran muchos los que iban y venían, de manera que ni aun tenían tiempo para comer*»** (Marcos 6:30).

La disposición de Jesús llegaba a tal punto, que como bien dice el versículo: «*Ni aun tenían tiempo para comer*». Sobre la enseñanza, rescatamos de la escena bíblica, que las necesidades materiales básicas se deben situar en un segundo orden, conforme a los valores del Reino celestial. No tener tiempo ni para comer, significa que, en caso preciso, posponemos la satisfacción de nuestras necesidades elementales, para en primer término cubrir las ajenas... Esta iniciativa puede parecer una insensatez a los ojos de la sociedad, pero el particular ejemplo de Jesús, contiene este método tan original.

Es innegable la obligación que todo ser humano tiene, en la medida de lo posible, de suplir sus carencias materiales. Y, sin cuestionar este deber personal y familiar, apliquemos en su correcta dimensión la enseñanza bíblica, pues situando la vida cristiana en un plano superior al terrenal, el discípulo de Cristo debe estar dispuesto incluso a prescindir de las momentáneas provisiones diarias, si con ello se consigue hacer un bien al prójimo.

Siguiendo este mismo orden, consideremos la vida espiritual con actitud reflexiva, porque ésta contiene unos valores especiales que trascienden lo puramente terrenal, y por lo tanto goza de una definitiva repercusión eterna. En cambio, el alimento físico, sin dejar de ser necesario, solamente cubre las necesidades temporales de nuestro organismo.

No sugerimos que el alimento sea inútil, pues nos permite obtener los nutrientes y la energía necesaria para seguir adelante con salud. Sin embargo, visto en último término, el alimento físico (o necesidades materiales) no contiene un alcance de mayor relevancia que las cuestiones de carácter eterno. El alimento espiritual llena aquellas áreas más insondables de nuestro corazón, cubriendo las profundas necesidades existenciales que todos poseemos; mientras que el alimento material se descompone en nuestro organismo, asumiendo solamente una finalidad temporal.

A parte de ofrecerle la importancia propia que se obtiene del alimento físico, observamos que Jesús, como buen siervo, hizo un correcto uso del tiempo durante su estancia en este mundo. En el sentido contrario, la expresión *ino tengo tiempo!*, resulta una perfecta excusa utilizada por muchos para eludir sus responsabilidades. No fue así como el Maestro obró, sino que administró el tiempo con sabiduría, aprovechando cualquier momento para servir al prójimo y cumplir así con los designios celestiales. Nos preguntamos, ¿en qué empleamos nuestro preciado tiempo?

En lo que respecta al tiempo y a nuestros compromisos ministeriales, tampoco pensemos que el discípulo de Cristo debe ser un corredor incansable, cuyas ocupaciones eclesiales parezcan no tener fin. Al fijarnos bien en la primera estrofa del versículo, leemos que Jesús invita a sus discípulos al descanso, lo cual nos lleva a pensar que hemos de intentar conseguir el deseado equilibrio, dedicando parte de nuestro tiempo al servicio cristiano, pero sin menoscabo del necesario descanso, pues de otra forma se podría ocasionar lo que hoy se conoce técnicamente como un cuadro de estrés: «*Venid vosotros aparte a un lugar desierto, y descansad un poco*».

Repasando nuestras preferencias, nos preguntamos por la administración de nuestro tiempo... En esta consideración, debemos valorar si el hecho de cubrir nuestras necesidades básicas, resulta más importante que desempeñar la voluntad de Dios. Pensemos bien, porque servir a nuestro prójimo exige tiempo, y ese tiempo se administra en la medida que nuestras prioridades sean las del Señor Jesús.

Destaquemos la enseñanza recibida, y procuremos descansar bien de nuestros trabajos; pero tengamos a bien invertir nuestro tiempo debidamente para la eternidad, pues la cosecha en el cielo dependerá, en buena medida, de nuestra labor aquí en la tierra.

*Tenemos tiempo para todo, pero también debemos tenerlo para Dios.*

**«Entonces él se sentó y llamó a los doce, y les dijo: Si alguno quiere ser el primero, será el postrero de todos, y el servidor de todos» (Marcos 9:35).**

En respuesta a la disputa que tenían los discípulos de Jesús, acerca de los cargos que se concederían en el Reino futuro, la enseñanza bíblica pareció llegar con cierta sorpresa: el primero en el reino de Dios, será el último y el que sirve... Nos imaginamos por un momento la contrariedad en el rostro de aquellos discípulos, puesto que seguramente el concepto que ellos poseían sobre la supremacía del Reino, se alejaba demasiado del pensamiento de Jesús. Es probable que la intención de los discípulos, en aquellos momentos, no fuese orientada hacia el servicio, sino más bien a obtener un puesto privilegiado, donde ellos mismos gozaran de las ventajas de ser servido por parte de los demás. Parece lógica esta forma de pensar, pues en el sistema de nuestra distinguida sociedad, al que goza de una mayor posición –según el modelo del mundo–, le corresponde ser servido; y seguramente las referencias éticas que ellos poseían, no parecían ser muy diferentes.

Hemos de reconocer que todos, en mayor o menor medida, somos egoístas, y por momentos entendemos la vida cristiana en términos de lo que nos puede servir, o nos puede ser útil. Pero, aceptar que estamos llamados a servir sin buscar primero nuestros intereses personales, parece ir en contra de lo establecido.

Conservemos una perspectiva correcta acerca de nuestra condición como cristianos, porque el llamamiento de Jesús revela que nuestra posición en el reino de Dios, tanto presente como futura, no depende en ningún caso de los cargos honoríficos, sino más bien, como hemos leído, de nuestro servicio y entrega hacia el prójimo.

Utilizando las firmes palabras de Jesús, podemos confirmar lo expuesto: «*Si alguno quiere ser el primero, será el último, y el servidor de todos*». De esta frase tan rotunda, aprendemos que nuestro servicio cristiano no se presta en el «aire», a modo de servicio ideológico, sino que contiene una función esencialmente práctica, que va dirigida hacia las personas que nos rodean: servidor de todos.

No podemos evitar el presente ejemplo, porque si queremos seguir las pisadas del Maestro, la relación que mantengamos con nuestros semejantes habrá de manifestarse primordialmente a través del servicio.

Vista la enseñanza, señalamos el concepto equivocado que algunos pudieran tener sobre el tema en cuestión, porque servir no significa vivir en una especie de subordinación al mandato ajeno, o sometimiento a cualquier voluntad. El espíritu de servicio no proviene en ningún caso de la humillación ingenua, sino de la libertad con que Cristo nos ha hecho libres, sabiendo que a quien realmente servimos, es a Dios.

Por lo dicho, nuestra asistencia al prójimo tiene sentido en la medida que reconocemos nuestro servicio a Dios. En este orden han sido establecidas las reglas del servicio, las cuales debemos conocer para no ejercer un ministerio inadecuado, o que resulte inservible. A saber, la vida cristiana construye sus cimientos sobre dos pilares fundamentales: la adoración a Dios y el servicio al prójimo. De ahí aprendemos que servir a los demás convenientemente, requiere en primer lugar una relación correcta con Dios. Es de suponer que todo discípulo de Cristo conserva un corazón limpio y santificado, si primero ha intervenido Dios en él para limpiarlo y capacitarlo; solo de esta manera su servicio puede llegar a ser plenamente fructífero.

No podemos, en ninguna forma, prescindir de la intermediación divina, porque el Espíritu Santo muestra su poder haciendo posible que todo ministerio sea efectivo, y acorde con su buena voluntad.

En definitiva, nadie debe presumir de que sirve a Dios, si de una forma u otra no está sirviendo a los demás. No pequemos de simplicidad, porque si a nuestras bonitas palabras no acompañan los hechos, en el ejercicio práctico del servicio, tampoco podemos afirmar que somos seguidores de Cristo (cristianos).

Sería recomendable, entonces, analizar nuestra forma de servicio: A quién y cómo estamos practicando nuestro buen hacer; en qué modo y lugar ejercitamos nuestro ministerio; de qué manera estamos compartiendo nuestros bienes; y lo más importante, cuál es nuestra motivación a la hora de hacerlo. Visto el espíritu servicial del Maestro, bien podemos afirmar que si el cristiano no sirve a los demás, su cristianismo de nada sirve.

*Nuestra verdadera entrega a Dios, debe resultar en entrega hacia los demás.*

## **EJEMPLO DE COMPROMISO**

Sigamos contemplando el modelo de Jesús. Todo discípulo de Cristo que mantiene un compromiso verdadero con los que les rodean, es señal de que también mantiene un compromiso firme con Dios.

**«*Cuando llegó la noche, luego que el sol se puso... toda la ciudad se agolpó... Y sanó a muchos...*» (Marcos 1:32-34).**

Después de un largo día de trabajo, llega la esperada hora del descanso, donde la comida, al margen de satisfacer el apetito, parece ser el centro de reunión familiar... En el caso que nos ocupa, las personas seguían acudiendo a Jesús en el descanso de la noche, y a juzgar por los datos del texto bíblico, el trabajo se acumulaba en gran manera.

En esta línea, marcada por las pisadas de Jesús, aprendemos que nuestra disposición a servir no tiene horario ni calendario; siempre pueden surgir necesidades de última hora que deberemos atender. Comprendamos bien que el verdadero siervo concibe el servicio a las personas de forma tan preeminente que, como ya hemos apuntado, el bien al prójimo se encuentra por encima de sus necesidades personales. Así, pues, no podemos afirmar, en términos bíblicos, que amamos a Dios y a la vez descuidamos a nuestros hermanos... aunque sea en las horas de la comida.

Observamos que a pesar de la intensa ocupación, el Maestro no reclamó sus derechos al descanso, al horario de trabajo o al periodo de vacaciones. Cuando llegó la noche, nuestro Señor continuó sirviendo; su compromiso proseguía las veinticuatro horas del día. Queda claro que Jesús en todo momento estuvo dispuesto a servir, pero lo maravilloso fue que además de estar dispuesto, también estaba disponible. Hoy día podemos afirmar que estamos dispuestos a servir, pero por desgracia no estamos disponibles. Nuestras ocupaciones profesionales, familiares, sociales, y demás quehaceres, a veces innecesarios, parecen no dejar lugar al compromiso cristiano como debería ser.

Aceptemos que las pretensiones del creyente no deben ser similares a las de los incrédulos. La finalidad última del discípulo de Cristo no ha de incluir como prioridad los elementos normales de la cotidianidad, como puede ser el comer o el dormir... En ocasiones, podrán surgir situaciones inesperadas que requieran de nuestra presencia y buen hacer, ocupando un tiempo que a lo mejor se halla fuera de lugar en nuestras previsiones, pero si bien lo haremos para Dios, con amor y en espíritu de servicio. Ahora, tampoco se trata en situaciones determinadas de servir por servir, sino más bien de conservar en todo momento una actitud de servicio; la acción servicial debe ajustarse siempre al espíritu humilde y a la buena intención, no al revés.

El planteamiento ofrecido exige un análisis responsable sobre el tipo de ministerio que estamos ofreciendo en la iglesia, o en otras áreas personales, para lograr comprobar el fruto que pudiera obtener tal servicio, pues de forma contraria no tendría sentido el esfuerzo realizado. No parece conveniente trabajar en vano, ni tampoco hemos de perder nuestro precioso tiempo; porque a lo mejor podemos estar realizando un gran esfuerzo para los demás, que según nuestro parecer Dios nos pide, pero que resulta una labor infructuosa en la que nadie sale beneficiado; alimentando así un cristianismo vano, y en todo caso manteniendo a flote nuestra suficiencia religiosa, que en verdad permanece insuficiente para Dios.

*El servicio sin egoísmo, se expresa a través de un corazón comprometido.*

## **EJEMPLO DE ABNEGACIÓN**

El amor de Jesús, que lejos estaba de ser egoísta, se reveló por medio de su abnegación personal. Hasta en los momentos de mayor dificultad por los que tuvo que atravesar, demostró su amor desinteresado hacia el ser humano.

**«Padre... aparta de mí esta copa, mas no lo que yo quiero, sino lo que tú» (Marcos 14:36).**

Traemos a nuestra mente el texto bíblico ya anteriormente citado, pues conviene resaltarlo una y otra vez, dado que refleja con suficiente precisión el modelo de amor y entrega de Cristo por nosotros. En el huerto de Getsemaní, el buen Pastor fue sometido a una gran presión psicológica y espiritual, ya que soportó con entereza el gran examen de su vida: pasar por la cruz o evitarla. Siendo esta la prueba, su fidelidad a Dios se vio reflejada en su gran determinación: «*Mas no lo que yo quiero*». Las palabras de Jesús fueron decisivas, mostrando asimismo una voluntad verdaderamente abnegada, puesto que, en actitud de servicio, no reclamó su propio bienestar, sino que por el contrario buscó en primer lugar el cumplimiento de la voluntad de Dios: «*Sino lo que tú*».

Este mismo espíritu de sacrificio que mantuvo el Maestro, es el que hoy debería regir el corazón de todo discípulo suyo. De tal forma, el servicio a los demás exige necesariamente un espíritu de abnegación, y así es como nuestro ego personal debe

quedar olvidado en lugar remoto, para que la Palabra de Cristo se haga efectiva en nosotros. Así que, por oscura que parezca la senda del deber, el discípulo que sigue al Maestro debe aprender a decir no al impulso de sus propios deseos egoístas, y a rechazar las tentaciones de su propio entorno: «*Mas no lo que yo quiero*».

Con esta disposición al servicio, y para que tal abnegación no se convierta en frustración, amargura o resentimiento, nuestra voluntad ha de estar sometida bajo el control del Padre celestial, que hará posible, por la acción de su Espíritu, que toda experiencia difícil, en relación con Dios, vaya precedida de gozo y paz, trayendo a nuestros corazones un contentamiento interior, en el que vamos a encontrar el verdadero sentido y agradable propósito de nuestra existencia.

Reflexionemos con sentido común, porque si Jesús, en calidad de siervo, asumió el sufrimiento como parte innata en su ministerio, ¿por qué deseamos nosotros evitarlo a toda costa? En muchas ocasiones va a ser imposible eludir el sufrimiento, puesto que forma parte del programa de perfeccionamiento que Dios ha previsto para aquellos que le aman.

Por otra parte, la imagen del Jesús temeroso y vulnerable en el huerto de Getsemaní, nos acerca mucho más a su verdadera humanidad. Contemplamos así a un Cristo semejante a nosotros, que padeció lo indecible, siendo probado hasta la muerte. Por esta razón podemos confiar en su consuelo, ya que Jesús entiende en su dimensión práctica todas nuestras aflicciones, así como nuestros miedos y temores.

Recibamos la lección práctica, ya que si el Maestro nos comprende en lo más profundo de nuestra situación personal, es porque él mismo comprobó el sufrimiento en su máximo grado de intensidad. Así como Jesús, también es previsible que a través de las tribulaciones que Dios permita en nuestra vida, estemos más capacitados para comprender el sufrimiento ajeno, y de esta forma nuestro servicio contenga la necesaria madurez para ejercer un ministerio práctico y efectivo; presentando con ello el propio sello de la experiencia y no solamente el de la teoría.

**«*Mas Jesús ni aun con eso respondió; de modo que Pilato se maravillaba*» (Marcos 15:5).**

Ante la acusación de Poncio Pilato, Jesús no quiso defenderse, aceptando así la gran injusticia que se estaba efectuando en su propia persona. Parece razonable pensar que Jesús podía haber respaldado su inocencia con toda clase de argumentos, y es muy probable que hubiera salido indemne del duro castigo que le aguardaba. Sin embargo, él sabía muy bien cuál era el plan trazado por Dios, y por lo tanto debía asumirlo con todas las consecuencias.

Deducimos con cierta convicción, que Pilato consideraba a Jesús un líder inteligente, con suficientes recursos dialécticos, y pruebas a su favor, que le hubieran permitido presentar una buena defensa. A pesar de todo, Jesús, pudiendo ser gran abogado de su propia causa, no sucumbió a la tentación de librarse de aquel horrible sufrimiento que le esperaba. La abnegación de su propio bienestar momentáneo, le llevó irremediablemente a callar.

Aprendemos del texto que, pese al impulso que tengamos por defendernos de cualquier situación violenta, en ciertos momentos será aconsejable callar, y asumir todo acontecimiento sombrío, por muy injusto que parezca, para que así los planes de Dios se puedan llevar a cabo con toda precisión.

No está por demás recordar que la abnegación de su defensa, esto es, el silencio en labios de Jesús, fue una losa pesada que Pilato tuvo que soportar. A este respecto, es curioso observar cómo algunas personas hablan y hablan, pero no comunican nada; mientras que por el contrario, callar en los momentos precisos, puede resultar una comunicación más que positiva. Es verdad, aprender a callar en ciertas situaciones conflictivas, es más difícil que aprender a hablar.

Saquemos conclusiones acertadas, porque en determinadas situaciones el silencio habla más que todos los argumentos que podamos presentar. El destino de Jesús estaba marcado, y así debía proseguir con el programa establecido por Dios desde la eternidad.

El plan divino se encontraba en sus últimos estadios: la detención, entrega y muerte de Jesús, señalaría el final de su ministerio, y el principio de una nueva y gloriosa etapa para el pueblo de Dios.

*El corazón abnegado, proviene de un amor desinteresado.*

## **EJEMPLO DE HUMILDAD**

Seguramente la humildad no resulte un signo de distinción para este mundo tan competitivo. Pero, si algo debería de aprender el cristiano, en contraste con nuestra sociedad orgullosa, es precisamente a ser humildes, como Jesús lo fue.

**«Y le presentaban niños para que los tocase; y los discípulos reprendían a los que los presentaban. Viéndolo Jesús, se indignó, y les dijo: Dejad a los niños venir a mí, y no se lo impidáis; porque de los tales es el reino de Dios» (Marcos 10:13,14).**

En este relato del evangelio, vemos que los discípulos trataron de apartar a los padres que acercaban a sus hijos pequeños al Maestro; pensado que el tiempo de Jesús, el futuro rey de Israel, era demasiado valioso para atender a unos insignificantes niños.

En aquel tiempo un niño no tenía ninguna importancia en la sociedad, y con mayor razón si hablamos de los negocios del Reino. Es razonable imaginar que los discípulos, con mira puesta en los cargos del inmediato reino, aquellos pequeñuelos no tenían cabida en este asunto.

La verdad es que llegar a ser humilde, como Jesús lo fue, no es tarea fácil, puesto que se requiere la abnegación de nuestro «yo» orgulloso, que más bien parece buscar el prestigio, que el sencillo y humilde cumplimiento de la voluntad de Dios. Nos sorprende ver la sencillez con la que nuestro Señor se mostró en todo momento, privado no solamente de grandes lujos o de las comodidades propias de un rey, sino en muchas ocasiones de los elementos más esenciales para poder vivir con normalidad.

La humildad de Jesús se pasa por alto con demasiada frecuencia, sobre todo a la hora de valorar a aquellos que no tiene parte en los asuntos de importancia social, llamémosle niños, parias, excluidos, o marginados.

Igualmente ocurre a la hora de practicar el servicio cristiano, principalmente en aquellos líderes que, con espíritu altivo, se enseñorean de los que lamentablemente permanecen en inferioridad. Y no hay que tener mucho discernimiento para poder comprobarlo. Solamente debemos echar un vistazo a determinados predicadores llamados cristianos, y percibir su prepotencia, altanería y espíritu dominador, en el ejercicio de su ministerio... Con el orden inverso a esta forma de actuar, Jesús mostró en todo momento los rasgos de su verdadera mansedumbre, a través del servicio al prójimo; que a la vez se brindó humilde y sencillo, en asociación con los que el pueblo menospreciaba.

La imagen del Maestro presentando a aquellos infantes como los más dignos del reino de Dios, debería quedar plasmada en la retina de nuestros ojos, para hacernos comprender que la presencia de nuestra identidad cristiana no ha de mostrarse con grandes honores, sino con la misma condición humilde y sencilla que caracterizaba a los niños en aquellos días: sin derechos, sin autoridad, sino voz ni voto, sin posición alguna. Porque cuando se trata de servir, nuestra identidad debe quedar en un plano discreto, sin apenas darle importancia a la excelencia del servicio, para que así solamente el nombre de Dios sea magnificado.

**«Aconteció que estando Jesús a la mesa en casa de él (Mateo el discípulo), muchos publicanos y pecadores (gente indeseable a los ojos del pueblo) estaban también a la mesa juntamente con Jesús y sus discípulos; porque había muchos que le habían seguido» (Marcos 2:15).**

Examinemos atentamente el paisaje bíblico, y recapacitemos acerca de la situación tan particular exhibida en aquellos momentos; porque, presumiendo que a la mesa del rey

normalmente se sientan las personas con prestigio e influyentes de nuestra sociedad, en la mesa donde estaba sentado Jesús parecía ocurrir lo contrario: publicanos odiados por el pueblo, y pecadores marginados de la sociedad.

Contemplemos la actitud impasible de nuestro entorno, en donde al parecer muy pocos son los que se proponen invitar a su mesa a todo aquel reprobado por la sociedad... En contraste con esta falta de consideración, nuestro Rey (que vino para servir) nos asombra constantemente en lo que a humildad se refiere, no importándole en absoluto si su imagen se podría ver afectada por la opinión pública de entonces. Tal enseñanza, llena de practicidad, y basada en el propio ejemplo del Maestro, nos brinda la posibilidad de invitar a nuestro hogar a aquellos marginados que, como muestra el texto, tienen deseos de seguir a Cristo.

A juzgar por lo visto, nos percatamos de que aquellos que seguían a Jesús no eran por lo general ricos, sabios, ilustres o gobernantes, sino más bien, en el sentido opuesto, eran aquellos ignorados por el pueblo.

Debemos señalar, por tanto, que Jesucristo no fue siervo de grandes y poderosos (aquellos que podrían recompensarle), sino de los más necesitados, esto es, personas que vivían con un extremado grado de sencillez. La mentalidad de Jesús fue receptiva a los más desfavorecidos, sabiendo que el Evangelio es principalmente para los pobres, ignorantes, marginados, y para todo aquel que se considere pecador delante de Dios. Es preciso, por ello, preguntarse con quiénes deseamos relacionarnos, ¿con aquellos que son distinguidos o reconocidos por nuestro entorno? ¿Qué aspiraciones tenemos en lo que a nuestra relación social o eclesial se refiere? Enfocar nuestro servicio con los de condición humilde, parece ser la recomendación bíblica más apropiada.

Ahora bien, la consideración del tema nos conduce a pensar que no podemos invitar a nuestra mesa a todo el que encontremos en la calle desamparado; ello sería una imprudencia. Debemos tener un buen criterio de selección, como hemos leído en el texto bíblico, dando preferencia a aquellos que de alguna forma estén interesados en seguir a Jesús. Por decirlo de otra manera, cualquiera que muestre verdadero interés por Cristo, merece sentarse en nuestra mesa. De esta forma, el encuentro personal que se produce alcanza un sentido que va más allá del gastronómico, que es el de expresar nuestro interés sincero por su persona; mostrándole, con espíritu evangelizador, nuestra ayuda en todos los aspectos de la vida, sea física o espiritual, y en la medida de nuestras posibilidades.

Aprendemos en este punto, que la comunión espiritual deberíamos de ejercitara sobre la base de una mesa, pues es donde se hace más evidente, si cabe, la práctica de nuestro amor al prójimo. Tal enseñanza nos obliga a preguntarnos si todavía no nos hemos sentado a la mesa con ningún infeliz o marginado de nuestro entorno... Si el pecador muestra interés por Cristo –también nosotros pecadores–, aceptemos una comida con él. De no ser así, ¿de qué forma vamos a demostrar el amor fraternal? Si no invitamos a nuestra mesa, aparte de los amigos, también a aquellos que son ajenos a nuestro círculo más cercano, ¿qué clase de cristianismo estamos desempeñando...? «*Publicanos y pecadores estaban también a la mesa juntamente con Jesús*», hemos leído en el texto bíblico.

Desde una perspectiva eclesial, tampoco debemos descuidar a los que asisten a la congregación, y por cualquier motivo viven solos, están un tanto desplazados de la comunidad, o practican un cristianismo reservado por motivos desconocidos (a lo mejor promovido por la misma iglesia). Comprendamos que los indeseables a los ojos de los hombres, son los más deseables para Dios. Miremos a nuestro alrededor, porque si todavía no hemos invitado a nuestra mesa a aquel que más lo necesita, se espera que el ejemplo de Jesús nos estimule a poder hacerlo.

*La humildad sin posición, es nuestro servicio en adoración.*

## **JESÚS, EL HIJO OBEDIENTE**

En este capítulo reflexionaremos acerca de la plena obediencia de Jesús hacia su Padre celestial. Ciertamente puede parecer absurdo admitir que el Señor Jesús, siendo divino, tenga que haberse sometido a los mandamientos de la Ley de Dios. Pero, si bien, cuando valoramos que Él se hizo hombre, y que fue en calidad de hombre que tuvo que cumplir con el programa determinado por la divina providencia, es entonces cuando nos sentimos empujados a evaluar las implicaciones que comportó su decisión tomada en la eternidad.

El autor de la carta a los Hebreos cita lo siguiente: «*Y aunque era Hijo (Dios), por lo que padeció (en calidad de hombre) aprendió la obediencia*» (Hebreos 5:8). Es necesario entender el sentido del texto, ya que ningún hombre o mujer, niño o anciano, rico o pobre, puede tener acceso al Reino de los cielos, debido a su imposibilidad para cumplir los mandamientos de Dios, y más cuando se trata de los asuntos relacionados con la fe. Ocupando nuestro lugar, Jesucristo obedeció la perfecta Ley en su totalidad, hasta en los límites de su propia muerte, para que, desde nuestra incapacidad, pudiéramos acogernos a Él como nuestro representante legal delante del Juez justo.

Como los evangelios nos indican, la diferencia entre el estándar del ser humano desobediente, y el de Jesús, se hace notar; demostrando desde su humanidad, y vida terrenal, su obediencia a Dios en todo.

### **EJEMPLO DE CONSAGRACIÓN**

**«*Jesús vino de Nazaret de Galilea, y fue bautizado por Juan en el Jordán*» (Marcos 1:9).**

Al comenzar su ministerio, Jesús se trasladó a Galilea para ser bautizado en el río Jordán. Es cierto que sobre el significado de su bautismo se han barajado diferentes interpretaciones. Pese a cualquier explicación, estamos seguros de que Jesús se sometió, en obediencia, a la voluntad que el Padre había diseñado para aquellos momentos históricos de transición hacia un nuevo orden en el Reino de Dios.

Recordemos que el bautismo de arrepentimiento que practicaba Juan no era aplicable a Jesús, puesto que no tenía de qué arrepentirse. Pero vemos la disposición de Jesús subordinado a Juan, que aun siendo superior a él, por la posición de Mesías esperado (el enviado del cielo que esperaban los judíos), quiso cumplir con los métodos establecidos por Dios, en ese acto simbólico que daría comienzo a su ministerio.

Por otro lado, Juan reconoce que no era digno de bautizar a Jesús, cuando por el contrario debía ser bautizado por él. Sin embargo, había que cumplir toda justicia, ya que la identificación con el ser humano, a través del ministerio de Juan, suponía la obediencia a ese rito que entrañaba aquel bautismo aprobado por Dios. De cualquier forma, no hay dudas de que el bautismo impartido por Juan, marcó el inicio de la consagración de Jesucristo en su ministerio mesiánico.

Indudablemente nuestro Señor fue un hombre consagrado, y su obediencia se hizo del todo evidente cumpliendo en humildad con las obligaciones de la Ley, incluyendo la identificación con el ministerio del profeta que Dios estaba utilizando en aquel momento, como fue el caso de Juan el Bautista: «*Y fue bautizado por Juan en el Jordán*».

Descubierto el ejemplo, al igual que el Maestro hizo, todo discípulo debe aprender a someterse a la voluntad de Dios por medio de aquellos siervos que Él mismo ha señalado, es decir, hermanos en la fe que por un tiempo el Espíritu Santo ha dispuesto para nuestra edificación; aunque en cualquier caso pudiéramos ser mayores en posición social o espiritual. Entre cristianos hemos de someternos los unos a los otros, en espíritu de obediencia, que siempre debe obrar por el amor a la Palabra.

Aprendemos del modelo de Jesús, que el que está dispuesto a someterse a Dios, también en lo que corresponde al cumplimiento de su voluntad, está dispuesto a someterse a los hombres.

**«Y hallándole, le dijeron: Todos te buscan. Él les dijo: Vamos a los lugares vecinos, para que predique también allí; porque para esto he venido» (Marcos 1:37,38).**

Aunque no sabemos a ciencia cierta los diversos motivos por los que la multitud buscaba a Jesús, notamos que la gente, al ver los milagros que se produjeron, decidió ir en busca de aquel líder que les había impresionado en gran manera (es probable que le buscaban para proclamarle rey). Fuera de toda aspiración a ser entronizado, el propósito por el que Jesús estaba en aquel lugar, no fue otro que el de predicar. Este era su ministerio, y no podía anticipar los acontecimientos que correspondían a los planes futuros. Aquel que podía recibir toda la gloria, porque era merecedor de ella, no la quiso. Y aun sin despreciar su elevada posición, Jesús optó por continuar con su servicio en otros lugares, antes de adelantarse al proyecto que Dios había reservado en el cumplimiento de los tiempos venideros: «Vamos a los lugares vecinos».

Como se hace constar, nuestro Señor no quiso recibir los honores propios de su ministerio mesiánico, ya que este ofrecimiento formaba parte la tentación temporal. En sumisión al Padre, y aun atravesando momentos de prueba, observamos que Jesús tuvo las cosas muy claras, prosiguiendo su camino con el fin de anunciar el reino de Dios: «Para esto he venido».

De la misma forma que nuestro Maestro fue consecuente con su vocación delante de Dios, el discípulo está llamado a poner en claro su ministerio, sin ceder a la tentación que su servicio cristiano pudiera conllevar: sean honores, reconocimientos, posición, grandeza, y otros ofrecimientos inoportunos que hagan perder la humildad que ha de caracterizar al seguidor de Jesús. Tal vez parece contradictorio, pero a lo mejor en el plan de Dios para nuestras vidas estará incluido más bien el menosprecio, la indiferencia o el rechazo, que es lo que deberemos aceptar.

En lo que a nuestro servicio a los demás afecta, no busquemos alabanza de los hombres, pues ésta se sirve de sentimientos superfluos y pasajeros; y aunque así nos la otorguen, no merece honra alguna deleitarse en ella, pues la gloria temporal resulta vana e inservible para la obra de Dios.

Observamos cómo el Maestro se guio en este mundo exclusivamente por la fe, siendo su motivación principal la de finalizar el plan de nuestra salvación con su muerte en la cruz; y en el cumplimiento de este fin, no contempló las posibilidades beneficiosas que los demás le pudieron brindar en aquel momento. Su mirada estaba puesta en el mundo venidero. Y ese porvenir glorioso que le aguardaba, solamente podía ser el fruto de su obediencia al Padre, lo cual le llevó a permanecer firme y seguro, haciendo caso omiso a todas las tentaciones que procuraban interferir en sus objetivos.

Jesús, obediente al llamamiento divino, y en el cumplimiento de su deber, no buscó ni aceptó grandeza alguna que pudiera apartarle de la meta... Entonces, ¿buscamos nosotros otro objetivo que no sea cumplir con la voluntad de Dios?

*La fe sin obediencia, es incredulidad manifiesta.*

## EJEMPLO DE INTEGRIDAD

Resulta del todo evidente que Jesús anduvo en completa integridad, pues predicó y actuó con perfecta cohesión entre sus dichos y sus hechos; esto en contra de la doblez o hipocresía, que a modo de grave enfermedad contagiosa se extendía entre los círculos religiosos de la época.

**«Viniendo ellos (los fariseos), le dijeron: Maestro, sabemos que eres hombre veraz, y que no te cuidas de nadie (no te dejas influir); porque no miras la apariencia de los hombres» (Marcos 12:14).**

La afirmación de aquellos representantes de la religión popular, eran del todo correctas. Pese a todo reconocimiento, las verdaderas intenciones que se escondían tras sus halagos, no parecían ser muy sinceras. Estamos de acuerdo en que nuestro Señor fue un hombre veraz, que no se dejó llevar por el aspecto externo, ni mucho menos por lo que los demás pensaran de él. Con independencia de las apreciaciones ajenas, podemos calificar a Jesús de un hombre honesto, que siempre actuó bajo sus firmes convicciones personales: «*Sabemos que eres hombre veraz, y que no te cuidas de nadie*».

Todos hemos escuchado en alguna ocasión la expresión: «sé tú mismo»; pues bien, esta misma frase podría resumir en breves palabras el significado de la integridad. Sin lugar a dudas, Jesús fue un ser que vivió en completa integridad, porque mostró plena coherencia entre sus creencias, predicación, y manera de actuar.

Al igual que en el modelo de Jesús, nuestra vida debe contener «unidad» entre nuestra forma de pensar, hablar y obrar. Por ello, es de vital importancia revisar nuestro proceder de forma constante, para detectar cualquier incoherencia habida, sea de palabra o de hecho; y en caso necesario, modificar aquellos aspectos que entendamos no se relacionan con la voluntad divina, a la luz de la Revelación bíblica.

Aceptemos las declaraciones de aquellos fariseos sobre la identidad de Jesús, y tampoco permitamos calificar a nadie por las apariencias externas, porque es bien sabido que hay personas que aparentan ser lo que en realidad no son.

No nos dejemos impresionar, pues, por el aspecto de espiritualidad exterior, las buenas acciones, o los virtuosos dichos. Aparentar lo que no se es, resulta en falta de integridad; y ésta se produce cuando hay una discordancia entre lo que pensamos, decimos, y hacemos.

Aprendamos una vez más de la determinación de Jesús, sabiendo que aquel que vive en integridad, adquiere una configuración clara de su persona, de sus creencias, y también de su obrar, sin darle mayor importancia a las opiniones que no correspondan con la verdad de Dios: «*Porque no miras la apariencia de los hombres*».

Siempre y cuando estemos obrando correctamente delante del Señor, habremos de ser fieles a nuestro corazón, en tanto que somos fieles a Dios; y no nos dejemos llevar por las impresiones, los espectáculos, o el aspecto de piedad que muchos puedan tener. El discípulo de Jesús ha de obrar, en términos generales, con independencia de lo que piensen los demás, teniendo muy en cuenta lo que Dios piensa de nosotros.

El Maestro, siendo consciente de sus designios en esta vida, tenía muy claro quién era y qué venía a hacer a este mundo; que además fue consecuente con sus pensamientos, creencias, decisiones y acciones... Entonces, hacemos bien en preguntar, como discípulos, si en verdad poseemos una configuración clara de nuestra identidad cristiana... Y, si es así, ¿somos consecuentes con ella?

**«Cuando lo oyeron los suyos (seguramente familiares) vinieron para prenderle; porque decían: Está fuera de sí (ha enloquecido)» (Marcos 3:21).**

El presente texto bíblico puede causarnos una extraña impresión, al ver cómo los propios familiares de Jesús pensaban que por momentos había perdido el juicio. Pero, para entender la postura de sus familiares más directos, deberíamos ponernos en su lugar, y contemplar las confusas imágenes de alboroto que se producían en torno a la figura del

Maestro, quien proclamaba un mensaje altamente revolucionario para aquella época; exponiéndose, al mismo tiempo, a que le apedrearan por defender una verdad que se hallaba fuera de lugar a los ojos del pueblo judío.

Para entonces, como para hoy, el mensaje de Cristo puede suponer un verdadero escándalo social, cultural, religioso, y sobre todo, familiar. Nos impresiona ver la postura de nuestro valiente Maestro, que pese a lo que incluso sus familiares pudieran llegar a pensar de él, no dejó de actuar en consonancia con el ministerio encomendado por Dios el Padre. De esta manera, su integridad se puso de manifiesto en obediencia a los principios del Reino que predicaba, donde según el orden espiritual, los valores de la fe se hallan por encima de las conveniencias familiares.

Con todo y ello, si queremos seguir las pisadas del Maestro, la integridad del carácter cristiano tiene que manifestarse en el día a día. No faltarán las ocasiones en las que deberemos estar dispuestos a ser tratados de chiflados por todo aquel que no viva en sintonía con las realidades espirituales, incluyendo si cabe a los propios familiares. Claro está, la integridad puede llegar a perderse cuando se trata de los parientes más cercanos (sean cónyuges, padres o hijos), puesto que muchas veces los intereses familiares prevalecen sobre los intereses del Reino de Dios.

Como hemos visto, el Maestro mostró su transparencia espiritual, en plena obediencia a los mandamientos de la Palabra, sobreponiendo la verdad de Dios a la propia seguridad familiar; procediendo así con perfecta coherencia personal, y siendo a la vez consecuente con su propia identidad como Hijo de Dios.

En este punto, consideramos que todo fiel discípulo de Cristo, pese a las reacciones adversas de sus más allegados, debe conservar el sello que certifique el carácter obediente a Dios, a través de su propia integridad.

*Ser fiel a Dios, consiste también en ser íntegro de corazón.*

## **EJEMPLO DE SANTIDAD**

Si bien solamente Jesucristo fue santo, en el sentido absoluto del término, Dios ha separado a los creyentes para formar un pueblo santo (apartado), que no viva diluido en los valores de nuestro mundo sin Cristo, sino que por el contrario sea partícipe de su santidad.

**«¿Qué es esto** (decían los escribas y fariseos), **que él come y bebe con los publicanos y pecadores? Al oír esto Jesús, les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. No he venido a llamar a justos, sino a pecadores»** (Marcos 2:16,17).

Aunque ya discurremos anteriormente sobre la vinculación que Jesús mantuvo con los pecadores y marginados de la sociedad, en este apartado procuraremos centrar nuestro pensamiento sobre el concepto de santidad.

Analicemos detenidamente la vida de Jesús en los evangelios, porque a pesar de la relación que conservó con aquellos que la sociedad tachaba de pecadores, estamos seguros de que no participó de pecado alguno. Todo lo contrario, su mensaje de amor acompañado del ejemplo de su buen hacer, proveyó a los arrepentidos de un nuevo y esperanzador camino de perdón y restauración espiritual. En esta dirección, Jesús quiso que los hombres se convirtieran de su maldad, y depositasen su confianza en Dios, para que así pudieran obtener la salvación, y recibir la guía segura en el camino de la santidad.

Ahora bien, recurramos al buen juicio, porque separarse del pecado no significa en última instancia apartarse de los pecadores, como bien observamos en el modelo de Jesús. El creyente, que lo es en verdad, no ha sido separado para vivir una vida de aislamiento religioso, donde se abstenga de toda influencia negativa; sino que ha sido separado para vivir junto a Dios, puesto que la santidad proviene de Él, y solo Dios puede generarla en el cristiano cuando se dispone a servirle, en obediencia a su buena voluntad. En este sentido,

algunos creyentes albergan ideas equivocadas sobre el significado de santidad, y muchos pueden asociar este concepto a una especie de fanatismo religioso, que a su parecer les obliga a recluirse de la sociedad, y les priva de lo bueno que la vida puede ofrecer.

En ningún modo la santidad se identifica con el separatismo absoluto de la sociedad, la reclusión monástica de las relaciones personales, o la abstracción de nuestros deberes como conciudadanos, además de otras impresiones erróneas adicionales: «*¿Qué es esto, que él come y bebe con los publicanos y pecadores?*».

Si afinamos bien nuestra perspectiva bíblica, entenderemos que a la santidad tampoco se le atribuye la privación de los placeres que nuestro entorno nos ofrece; en realidad, parece contener un sentido inverso. La santidad es como un «filtro» que nos ayuda a los cristianos a disfrutar, con mayor intensidad y en su dimensión correcta, de todo lo bueno que Dios al presente nos provee. Con esta virtuosa condición, el creyente fiel está capacitado para vivir la vida en plena satisfacción, disfrutando en santidad de las ricas bendiciones otorgadas por Dios, tanto físicas como espirituales.

De manera que, observamos en los evangelios a un Jesús perfecto, puro y sin mancha, que aun relacionándose con los llamados pecadores en el entorno de su época, tenemos a buen seguro que no cometió pecado alguno.

Vistos los conceptos expuestos, la santidad y la obediencia van unidas de la mano, como si de un matrimonio se tratase. Jesús fue santo, entre otros motivos, porque fue obediente en el cumplimiento de los designios celestiales. Y por lo tanto, visto el ejemplo del Maestro, no deberíamos apartarnos de las personas que nos rodean, pero sí de todo aquello que, naturalmente, a Dios no le agrada.

**«*Y luego el Espíritu le impulsó al desierto. Y estuvo allí en el desierto cuarenta días, y era tentado por Satanás...*» (Marcos 1:12,13).**

Nuestro Señor fue tentado, según muestra el texto bíblico, pero no en el mismo sentido en que lo es cualquier persona. Sabemos que Jesucristo no participó de naturaleza pecadora, por lo cual la tentación no fue provocada desde su interior, como puede ser nuestro caso. La tentación del Maestro, promovida por Satanás en el desierto, tuvo que ver fundamentalmente con la prueba de su amor a Dios. Finalmente, habiendo superado la prueba que tenía por delante, la santidad de Jesús quedó suficientemente demostrada, puesto que en ningún momento sucumbió a las pretensiones del diablo, siendo obediente a Dios en todo.

Por lo demás, el buen Maestro aceptó con valentía las pruebas que pertenecieron a su propio ministerio, y no desechó la tentación como algo malo en sí mismo: «*Y era tentado por Satanás*». Por ello no debemos confundir tales términos. La tentación es necesaria para que seamos probados y fortalecidos. En cambio, el pecado destruye a la persona que lo comete. Las consecuencias, por lo tanto, son diametralmente opuestas.

Con buena convicción bíblica, podemos afirmar que el creyente no es tentado de parte de Dios, sino que la tentación surge de su propia naturaleza caída. Y al igual que ocurrió con Jesús, muchas de las tentaciones pueden ser promovidas por Satanás, quien utiliza estratégicamente los elementos de nuestras circunstancias para hacernos caer.

Son muchas las ocasiones en las que Dios, permitiendo que seamos tentados, también de forma conjunta nos da las fuerzas necesarias para que no caigamos. Y toda tentación, conteniendo cierta medida de esfuerzo o sufrimiento, se convierte en una prueba de resistencia, para que a su tiempo nuestra fe sea fortalecida, y lo que es más importante, nuestro amor a Dios sea fielmente demostrado.

Así que, la diferencia entre la tentación del creyente y la del incrédulo, en lo que a propósito se refiere, es del todo diferente. Pensemos que el incrédulo ya está caído, y por eso no es tentado de la manera como lo es el creyente. Pese a las grandes o pequeñas tentaciones, el cristiano que vive en santidad –en mayor o menor grado–, adquiere la facultad para resistirlas, puesto que la capacidad de resistencia proviene del poder del Espíritu que habita en su corazón; y el efecto de la tentación no convertida en pecado, a la postre, tendrá un resultado positivo.

Visto en el sentido contrapuesto, el cristiano que no vive desde un estado de santidad, se halla muy susceptible en cuanto la influencia del yo, del diablo, y del mundo; por consiguiente, es muy fácil que caiga en la tentación. Y de ser así, el pecado consumado provocará debilidad espiritual y predisposición al fracaso.

Si nos preguntáramos cuántas veces puede caer el creyente en la tentación, podríamos responder, con Biblia en mano, que tantas veces como la gracia de Dios, para perdón, sea aplicable a su vida. Y siempre será aplicable, en tanto el creyente se arrepienta sinceramente y acuda a Dios para perdón. Sabemos que en cierto sentido el creyente se puede apartar de la gracia especial de Dios, cuando éste se desvía conscientemente de su voluntad. Y, durante tal estado de rebeldía, Dios no puede aplicar su perdón mientras no haya arrepentimiento.

Al igual que hizo el Maestro, perseveremos en el buen hacer, y no pretendamos escapar siempre de la tentación, pues habrá ocasiones en las que inevitablemente deberemos pasar por ella, pues forma parte de la voluntad de Dios: «*Y luego el Espíritu le impulsó al desierto*».

Por todo lo mencionado, podemos afirmar que la obediencia a Dios se vive por la fe, con libertad, y según el modelo de Jesús; y no por mantener algunos principios de moralidad cristiana, o someterse a ciertas reglas eclesiásticas.

Concluimos, pues, en que la obediencia a Dios no resulta tanto del «cumplimiento del deber», sino de un estado de santidad, por el cual el discípulo de Cristo, habiendo experimentado la gracia salvadora, busca en todo momento hacer la buena y agradable voluntad del Padre celestial. Nos preguntamos: Si Jesús fue santo, ¿no deberíamos de serlo nosotros también?

*La santidad incluye la tentación, no el pecado.*

## **JESÚS, EL HOMBRE ESPIRITUAL**

Cualquiera que reconozca el modelo de nuestro Señor, en seguida se dará cuenta de que tanto en su predicación como en sus hechos, tuvo presente los aspectos más espirituales y trascendentales de la propia existencia humana.

Como ha ocurrido a lo largo de la Historia, y máxime llegando casi al final de nuestros tiempos, el concepto de espiritualidad se sigue malinterpretando, y no pocas veces es confundido con ciertas corrientes de espiritualidad extrañas a la verdad de Jesucristo.

Reconocemos que la tendencia del ser humano es acudir a los extremos y abandonar el equilibrio. En ese balanceo del péndulo, encontramos una variopinta gama de posibilidades doctrinales, y formas de espiritualidad, muy lejanas de la propuesta bíblica. Y para encontrar el equilibrio, como venimos proponiendo, se hace necesario examinar detenidamente el proceder de nuestro Maestro, tanto en público como en privado. Solo así lograremos apercibirnos de los extremos tan preocupantes que estamos experimentando en nuestro cristianismo contemporáneo.

El apóstol Pablo recoge el sentir del mismo Señor Jesús, y alienta a la iglesia para que no desvíe sus objetivos espirituales: «*Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra*» (Colosenses 3:2). Si bien la carrera se sucede en la tierra, no perdamos de vista que nuestra meta se sitúa en el nivel más alto y sublime: en los cielos, de donde también esperamos el regreso de nuestro señor Jesucristo.

A continuación, consideraremos algunos aspectos sobre la verdadera espiritualidad, y la manera como Jesús la expresó en su vida diaria.

### **EJEMPLO DE ESPIRITUALIDAD**

**«*El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán*» (Marcos 13:31).**

Esta frase concluyente, digna de ser enmarcada y recordada a menudo por todo creyente en Cristo, nos lleva a discurrir sobre la visión tan especial que Jesús mantuvo acerca de nuestro mundo. El cielo y la tierra, como hoy los conocemos, poseen fecha de caducidad. Y con esta imagen temporal, la visión del Maestro trascendía a los planteamientos puramente terrenales, otorgándole la máxima categoría a aquellos proyectos, que más allá de ser pasajeros, contienen claras implicaciones de eternidad.

Con bastante frecuencia miramos absortos la propia situación terrenal que nos absorbe, y descuidamos aquellos aspectos que se extienden más allá del tiempo y del espacio de nuestras limitaciones. Solamente cabe observar las conversaciones en el andar diario de muchos creyentes: éstas giran en torno al fútbol, la moda, la música... o en los casos más suaves se centran en los problemas de la familia, el trabajo, etc. Y así los asuntos celestiales quedan desplazados a un plano meramente eclesial.

En oposición a esta forma de pensar, vemos que Jesús, a lo largo de todos sus encuentros personales, habló con naturalidad del pecado, del perdón, del cielo, del infierno, del amor, de la fe, de la misericordia... y así consiguió trasladar, de una forma espontánea, las cosas del cielo a un plano terrenal, para que nosotros las pudiéramos entender. Y lo hizo descubriendo su auténtica espiritualidad, tanto por medio de sus palabras, como de sus acciones.

Jesús practicó su espiritualidad en conexión con las reglas del mundo venidero. Su discernimiento de la existencia sobrepasaba lo meramente pasajero, concediendo a esta vida transitoria unos valores espirituales que, según la Palabra de Jesús, abarcan resultados definitivos en el nuevo orden de cosas: «*El cielo y la tierra pasarán*».

Esta misma vida llena de significado celestial, era percibida como reflejo de su relación con el Padre, a quien tenía presente en cada momento. Su valoración de las relaciones personales, del trabajo, de la familia, de los bienes materiales, y demás cuestiones temporales, venía marcada por un profundo estado de comprensión espiritual, que orientaba su forma de pensar y de actuar según la razón última de la existencia humana, conforme a la infalible palabra de Dios, que es la palabra de Jesús: «*Mis palabras no pasarán*».

Y es con este sentido trascendental, que el futuro debe integrarse en el presente, pues solo así adquiere el verdadero sentido de unidad que le corresponde. Hagamos un paréntesis y preguntémonos acerca de nuestro grado de espiritualidad, de nuestro punto de vista sobre la vida, o de la concepción que mantenemos sobre los asuntos terrenales en relación con los celestiales.

Consideremos el modelo de Cristo, porque la misma dimensión espiritual con la que el Maestro planteó la vida, es la que debe perdurar en el camino de todo discípulo suyo. La palabra de Jesús permanece para siempre, y por lo tanto haríamos bien en repasar nuestro devenir diario, para confirmar si estamos viviendo para el hoy, o para el más allá...

**«Para que cuando venga de repente, no os halle durmiendo. Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad» (Marcos 13:37).**

Reflexionando sobre el significado de esta recomendación, observamos que mientras los discípulos dormían, Jesús se fue a orar. Y cuando terminó, aprovechó esa escena tan onírica para ilustrarles la necesidad de mantener los ojos bien abiertos en lo que respecta a la vida espiritual... De la misma manera, Dios tiene que avisarnos del grave peligro que corremos si descuidamos la salvación que poseemos, además de llamar nuestra atención para que conservemos un estado de alerta en el presente caminar diario.

Podemos apreciar que, por lo general, en nuestro actual cristianismo adormilado existe una falta de interés por las cosas espirituales, porque visto el tema desde un enfoque temporal, no parece que podamos recibir aquí algún beneficio de nuestra labor; y la rentabilidad (hablando en términos humanos) que nos pueda ofrecer, se prevé muy a largo plazo, por lo que algunos prefieren dedicarse más a los asuntos terrenales, que a los celestiales... Con esta mentalidad adquirida, a veces centramos nuestro máximo interés en los proyectos relacionados con este mundo efímero (sea estudios, trabajo, familia...), y muy poco interés nos despiertan los asuntos de carácter eterno.

Ocurre también, que debido a la práctica rutinaria de la vida cristiana, con el tiempo se puede generar una especie de «cansancio espiritual». En sus primeras fases, esta dolencia no suele distinguirse con claridad. Ahora, una vez se han desarrollado los síntomas, y si no ponemos remedio, llegaremos finalmente a encontrarnos durmiendo plácidamente en el cómodo lecho de la insensibilidad espiritual... Y, para evitar este lamentable estado de tibieza, es necesario que el creyente continúe velando, en constante renovación, para que no se estanque en esa especie de letargo del que estamos hablando. Es cierto que si no reparamos en el problema del cansancio espiritual, podremos caer en un estado de adormecimiento (que no es otra cosa que apatía) de tal magnitud, que hará difícil atender a los asuntos celestiales con verdadero cuidado y esmero: «*Para que cuando venga de repente, no os halle durmiendo*».

Hagamos nuestro el consejo del Maestro, y levantemos nuestra mirada vigilante como un centinela, poniendo atención especial a los acontecimientos de nuestro entorno, así como un verdadero interés por la realidad espiritual que nos envuelve: «*Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad*».

Aprendamos una y otra vez del modelo de Jesús, porque la verdadera espiritualidad surge del interior de la persona que tiene presente a Dios en todos sus caminos, y asimismo reconoce la importancia de aquellos proyectos sagrados que poseen un alcance

glorioso en la eternidad, y esto son, los celestiales. Y, sobre todo, mantengamos nuestra mente conectada con el mundo espiritual, a través de la meditación bíblica y la oración, principalmente.

*Saber discernir el futuro, hace que vivamos una espiritualidad presente.*

## **EJEMPLO EN LA ORACIÓN**

Jesús nos brinda su ejemplo en la devoción espiritual que conservó en relación con su Padre celestial. Y esta devoción se mostró claramente, y de una forma especial, a través de la incesante práctica de la oración.

**«Sentaos aquí, entre tanto que yo oro» (Marcos 14:32).**

La oración constituye el gran soporte de nuestra relación con Dios, así como de la necesaria estabilidad espiritual. Jesús oró, y lo hizo en muchas y diversas ocasiones. La práctica de la oración permaneció en el orden diario de las prioridades que ocupó el ministerio del Maestro, siendo básicamente un estilo de vida, y no una mera obligación religiosa.

Esta breve cita que hemos leído, es suficiente para hacernos comprender que la vida de Jesucristo fue una ofrenda agradable a Dios. Él era consciente de que todo su ser y su obrar, tenía sentido desde la relación de amor y dependencia con el Padre. Esto explica que la oración de Jesús realizada en la intimidad, no consistió solo en ofrecer a Dios unos períodos devocionales más o menos largos, sino en el don de sí mismo: todo su ser dependía del Padre celestial, por lo que su existencia humana fue un perfecto y agradable acto de culto a Dios.

De manera inversa a lo mencionado, y visto el modelo de Cristo, algunos conciben la oración a modo de rito y costumbre; o lo que hoy parece más habitual, a modo de una fórmula mágica para conseguir cosas. Es mucho más sencillo que todo eso: la oración es algo tan normal como hablar con Dios. Y el hablar (audiblemente o en silencio) es el medio por el cual nos comunicamos con nuestro Creador: para en primer lugar adorarle y agradecerle por las bendiciones recibidas, y seguidamente realizar las peticiones que se avengan a su buena voluntad.

Desde luego Dios no necesita de nuestras oraciones, ni tampoco suponen un mérito por el cual conseguimos sus favores. La idea se dirige más bien a que seamos conscientes de nuestras necesidades, y por lo tanto dependamos de Él en todo momento. Con ello se consigue una correspondencia espiritual, donde se descubren las verdaderas intenciones del corazón. Solo entonces nos daremos cuenta de nuestro pecado, pobreza espiritual e insuficiencia, para cumplir con la voluntad de Dios; y desde esta correcta impresión, no nos quedará más remedio que depender de su gracia absoluta.

La espiritualidad de Jesús, por tanto, tuvo su primer lugar en esa relación especial de comunicación con su Padre celestial. Vemos que en los momentos tan específicos que antecedieron a su calvario, la comunión que se produjo entre Jesús y el Padre, fue de vital importancia, obteniendo de este modo las fuerzas sobrenaturales para poder resistir la prueba que le estaba por venir, que de otra forma no hubiera podido soportar.

Indudablemente el Señor no quiso convocar a sus discípulos para que se realizara una reunión de oración colectiva. Pese a todo, y aun siendo momentos en los que necesitó el apoyo de sus amigos, Jesús ofreció un papel relevante a la oración en forma particular: «*Sentaos aquí, entre tanto que yo oro*». No existe otro procedimiento para fortalecer la vida cristiana. La comunión con Dios es el motor que acciona toda vida espiritual, y ésta se ejerce principalmente por medio de la oración individual.

Efectivamente, la expresión sincera de nuestros deseos, así como la demostración de nuestro amor a Dios, entre otras buenas maneras, se realiza a través de la oración. Por esta razón a veces la oración no cambia las circunstancias personales, sino que por la acción divina logra cambiar el corazón de las personas. Y lo maravilloso es que a partir de esa experiencia de transformación interior, las circunstancias cobran el sentido correcto que deben tener.

Si por lo visto Jesús necesitó de la oración, ¿por qué, entonces, parece que hoy podemos prescindir de ella?

**«Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro (el momento), salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba» (Marcos 1:35).**

Mucho podría hablarse acerca de la oración, tanto en forma pública (en la iglesia, la familia...) como en forma privada (en secreto a Dios). Si bien sabemos que no debemos descuidar la oración en la comunidad, hallamos que ésta solamente tiene sentido en tanto que se mantiene la oración individual.

Una vez leído el ejemplo de Jesús, podemos admitir que alguien se levantase de madrugada para realizar ciertas labores: trabajar, marchar de viaje, acudir a sus vacaciones veraniegas, o inclusive atender a un enfermo, u otras obligaciones parentorias. Pero, por lo común, a nuestro mundo le parece extraño que alguien se levante de madrugada para mantener un encuentro espiritual con Dios. A pocas personas se les ocurriría tal cosa, máxime en una sociedad donde la espiritualidad es cosa del pasado, ya que al parecer ha quedado trasnochada, y relegada a los antiguos personajes de la religión contemplativa.

Está claro que durante el día el Maestro no tenía demasiado tiempo para estar solo; probablemente su agenda era demasiado apretada para encontrarse en privado con Dios. Por eso, el momento escogido para poner en práctica su vida devocional, en aquellas circunstancias especiales, fue en la madrugada: *«Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro»*.

El principio de espiritualidad que encontramos en esta enseñanza, es que no debemos dejar pasar el día sin presentarnos delante de Dios, donde la oración y meditación bíblica sea una realidad concreta. Si disfrutamos de suficiente tiempo libre, no será tal vez necesario levantarse de madrugada. Ahora, si no podemos obtener un recogimiento a solas con Dios durante las horas del día: por causa de nuestro trabajo, obligaciones familiares, e inclusive ministerio cristiano, no nos quedará más remedio que hacer como Jesús y levantarnos de madrugada.

Todos necesitamos, como el aire que respiramos, ciertos momentos de retiro espiritual con Dios en el desierto (algún lugar solitario). Buscar un rincón, pues, donde nada interfiera en nuestra relación con el Padre celestial, resulta ser de vital importancia para gozar de una correcta salud espiritual: *«Salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba»*

Reparando en nuestra vida tan ajetreada, parece hacerse cada vez más necesario mantener diariamente la buena costumbre de hablar con nuestro Padre amado, para agradecerle, adorarle y pedirle. Ello, además, nos permitirá adquirir conocimiento de nuestro verdadero estado espiritual, siendo transformados en ese nivel de autoconciencia, donde el Espíritu todo lo escudriña, e intercede por nosotros delante de Dios.

Tengamos a bien seguir el modelo de Cristo, y reservar cada día un tiempo y un lugar, construyendo así el particular santuario donde pongamos en práctica el ejercicio de nuestra adoración a Dios... porque el buen Padre celestial así lo está esperando.

*La oración no siempre cambia las circunstancias, pero sí los corazones.*

## **EJEMPLO DE FE**

La vida de Jesús mostró el claro ejemplo de una fe encarnada, donde la espiritualidad no se expresó en forma abstracta, sino que al tiempo se convirtió en hechos concretos. Y en ningún caso propuso una fe indefinida que se pierda en el «universo cósmico», sino más bien práctica y demostrable, como bien logró manifestar a lo largo de su ministerio.

**«Saliendo Jesús del templo, le dijo uno de sus discípulos. Maestro, mira qué piedras, y qué edificios (el templo construido por Herodes). Jesús, respondiendo, le dijo: ¿Ves estos grandes edificios? No quedará piedra sobre piedra, que no sea derribada» (Marcos 13:1,2).**

Como apreciamos en el texto bíblico, el discípulo de Jesús quedó maravillado por el esplendor de aquel hermoso templo; y sintiéndose orgulloso de tal magnificencia, quiso involucrar al Maestro en su misma impresión de la vida. A continuación, el contraste que se produjo entre la declaración del Maestro y la observación de su discípulo (uno de los doce), fue claramente discordante. Mientras el discípulo se dejaba deslumbrar por aquello que veía con sus ojos, Jesús le mostró que todo aquello creado por la mano del hombre carecía de importancia en relación con las cosas futuras, y muy pronto aquella magnífica edificación estaba dispuesta para ser derribada... El impacto que recibió aquel seguidor de Jesús, le llevaría posteriormente a pensar que no tenía que aferrarse a este presente tan inseguro –a pesar de la grandiosa apariencia–, sino a Dios mismo, que es quien finalmente determina los hechos de la Historia.

Con este ejemplo didáctico, el Maestro enseñó a su apasionado discípulo que debía vivir exclusivamente por fe y no por vista. Por ello, no hemos de dejarnos impresionar por la seguridad que pudieran ofrecer la grandeza de este mundo, el poder civil o militar, o la gloria salomónica de los majestuosos edificios, pues no son en modo alguno comparables con la perspectiva futura del verdadero creyente en Cristo, el cual camina con la esperanza de un glorioso futuro que permanecerá por la eternidad.

Como bien se hizo notar, la fe de Jesús no contempló la grandiosidad pasajera de este mundo, porque en todo su ministerio tuvo plena convicción de que la gloria venidera, que todos los creyentes esperamos, se descubrirá con plena excelencia en el día final y para siempre.

**«Al ver Jesús la fe (la fe se puede ver) *de ellos, dijo al paralítico...*» (Marcos 2:5).**

Si leemos en el pasaje con atención, vemos que no se revela la fe del paralítico, aun suponiendo que la tuviera. En tal caso, se destaca la fe de aquellos que llevaban al paralítico a cuestas para ser sanado. Al igual que en el relato bíblico, la espiritualidad verdadera también se distingue por medio de los actos de ayuda mutua; motivo por el cual, nuestro corazón debe liberarse de la fe pasiva que solo se ejerce en la esfera de la individualidad.

De tal manera, Jesús recibe con máximo agrado la fe del grupo que intercede por su próximo de una forma evidente y no solo imaginaria. Del texto leído, debemos subrayar que el paralítico no podía trasladarse por sus propios medios, por lo cual necesitaba el apoyo de la comunidad. Con este ejemplo, Jesús le concede un papel de máxima relevancia a la fe colectiva (la fe de la comunidad).

Nuestro Señor pudo percibir la fe de los acompañantes, porque en este caso no fue teórica, sino la evidencia de una espiritualidad esencialmente práctica. Con esta disposición a servir, la fe de aquellos voluntariosos familiares o amigos del paralítico, fue demostrada en la rápida asistencia que le brindaron, para conseguir un encuentro liberador del enfermo mediante el poder de Jesús; empleando con ello un gran esfuerzo físico, que luego se vio recompensado por el milagro efectuado.

Ante aquella escena tan peculiar, nos percatamos de que Jesús no puso su mirada en el enfermo o en su imposibilidad; tampoco en el esfuerzo que realizaron sus amigos, ni en las estrategias para llegar al lugar donde se encontraba el Señor. Fue la fe en acción, particularmente, lo que atrajo la atención del buen Pastor: «Al ver Jesús la fe de ellos».

Apreciamos la enseñanza, porque si el Maestro se fijó en la fe de la comunidad, ¿en qué nos fijamos nosotros hoy? Si así le otorgó un valor tan magno a la fe, en su dimensión colectiva, ¿por qué, entonces, parece ser tan poco válida para nosotros?

De forma análoga al ejemplo expresado, consideremos a aquellos cristianos que puedan hallarse en una lamentable situación de parálisis espiritual, y necesitan cuanto antes la ayuda de la comunidad. Y si en esta necesidad, no existen hermanos allegados que pongan en práctica su fe, ofreciendo así una mano amiga, ¿cómo, pues, podrán ser liberados de esa parálisis?

Pensemos sobre lo mencionado, porque es cierto que la fe genuina proviene de Dios, la cual otorga a todos aquellos que le buscan de corazón. Sin embargo, en lo que al buen obrar respecta, la fe debe ir unida a nuestra buena disposición; es una virtud de la gracia que se ejercita en el corazón, y por lo tanto en nuestra mano está el hacer uso de ella. En consecuencia, somos responsables de mostrar, a través del buen caminar diario, una fe visible que nos identifique como verdaderos discípulos de Jesucristo: «*La fe de ellos*».

Distingamos bien dicha instrucción, porque el amor verdadero y la fe práctica, son los pilares donde se construye todo servicio cristiano. Así, el amor constituye el motor que impulsa nuestra vida espiritual; y la fe, por otro lado, representa el vehículo que transporta ese amor hacia los demás.

*La fe que no alcanza una repercusión colectiva, no es suficiente para Dios.*

## **EJEMPLO DE SENSIBILIDAD**

Toda actividad cristiana bien encauzada ha de incorporar una adecuada sensibilidad, que habrá de aplicarse en nuestro trato personal. En esto, la espiritualidad de Jesús mostró gran sensibilidad, que con un verdadero equilibrio, desarrolló de distintas formas en su relación con el prójimo.

**«Entonces, mirándolos alrededor** (a los fariseos) **con enojo** (Jesús se enfadó), **entristecido por la dureza de sus corazones...**» (Marcos 3:5).

Nos situamos en el pasaje en el que Jesús realiza un milagro: la mano seca de un hombre es restaurada... En esta escena, y frente al milagro obrado, nos damos cuenta que los dirigentes religiosos de aquella época, vivían su espiritualidad bajo el cumplimiento estricto de las normas legales, aplicando un énfasis especial a la llamada tradición. En verdad eran muy correctos en sus formas religiosas, pero muy poco les importaban las personas.

No es otra la visión espiritual que parece estar hoy de moda, enmarcada en un cristianismo que en buena medida es mal entendido y peor practicado. En esta comparación, advertimos que la interpretación de la Ley que habían hecho estos líderes de la espiritualidad (escribas y fariseos), se situaba sobre la Ley misma. Y a causa de esta visión distorsionada, el beneficio que una persona pudiera recibir en sábado (día de reposo), no lo podían contemplarlo como un acto de amor al prójimo, sobre todo debido a su rígida comprensión de la Ley, convertida en auténtico «legalismo». La norma, para ellos, se situaba por encima de la vida. ¿Hemos detectado alguna vez esta mentalidad...? Seguramente que en cada uno de nosotros hay algo de dureza, y por tal razón debemos seguir aprendiendo del modelo del Maestro, quien cumpliendo la Ley de Dios a la perfección, nos enseñó, con su buen obrar, que dicha Ley le otorga preferencia a la vida antes que a la norma.

En este encuentro señalado, la sensibilidad del buen Maestro se mostró en su actitud de enojo ante la conducta mezquina de aquellos administradores de la Ley: «*Mirándolos alrededor con enojo*». Así que, en caso necesario, cualquier cristiano con adecuada sensibilidad, posee licencia divina para enfadarse; sin llevar a extremos la enseñanza, obviamente, porque en ningún momento debemos actuar en arrebato de violencia. Si atendemos al texto bíblico, observamos que la reacción última de Jesús ante esta delicada situación, fue de tristeza y en ningún caso de cólera: «*Entristecido por la dureza de sus corazones...*». Dicho de paso, la sensibilidad del Maestro, vista como un ejemplo para seguir, acoge unos sentimientos que poco se ajustan a las extravagancias sentimentalistas que se producen en algunos círculos mal llamados cristianos.

Las emociones de Jesús tienen que ver, fundamentalmente, con la piedad en sus formas prácticas, que obra principalmente por el amor hacia el prójimo. Por tal motivo su enojo no se convirtió en ira, sino que fue causa de tristeza, al ver el corazón endurecido de los principales representantes de la religión oficial, y seguidamente comprender la repercusión que tendría para el pueblo judío.

En contra de la actitud indiferente de aquellos fariseos, la espiritualidad de Jesús no se mostró insensible a las necesidades ajenas, como tampoco a la falsa religión. Su sensibilidad y manera de relacionarse con sus semejantes, le llevó a descubrir una gran humanidad en su servicio, además de un celo santo por la correcta interpretación de la Palabra divina.

**«Y levantando los ojos al cielo, gimió...» (Marcos 7:34).**

Son momentos especiales en los que Jesús sana a una persona sordomuda. Y en la frase observamos cómo el contacto con aquel discapacitado, le hizo sentir las trágicas consecuencias del fracaso del hombre: «Y levantando los ojos al cielo, gimió...». La sensibilidad de Jesús llegó a tal proporción que, suspirando profundamente, logró identificarse con el pecado y la frustración del ser humano; aunque no con el pecado en sí mismo (entiéndase), sino más bien con las personas que hasta el día de hoy lo sufren, bien sea justa o injustamente.

Debemos confesar que en muchas ocasiones nuestros sentimientos parecen inamovibles al observar las catástrofes humanas, pues seguramente estamos demasiado acostumbrados a ellas. No fue así en la mente de Jesús, de cuyo corazón surge un verdadero clamor, al ver los estragos causados por la determinante rebelión del hombre contra Dios.

El ejemplo del Maestro nos enseña que los sentimientos bien encauzados poseen un carácter constructivo. No debemos confundir, entonces, la sensibilidad espiritual con las emociones autoprovocadas, que parecen buscar solamente el placer del sentimiento. A saber, la sensibilidad tiene que ver con las emociones controladas, no con las pasiones desordenadas. Entendemos que la espiritualidad incorpora la buena vibración del estado emocional, que en armonía con la Palabra divina pone en alerta nuestros sentidos. Y éstos, con toda seguridad, nos ayudan a relacionar adecuadamente las cosas espirituales con los asuntos terrenales, buscando hacer la voluntad de Dios más cabal y perfecta.

Así es, una espiritualidad bien concebida debe permanecer susceptible a la voz de Dios, a la dirección de su Espíritu, y a su Palabra eterna; todo ello, centrando nuestra mirada en el ejemplo de Jesús, y en su sensibilidad ante los acontecimientos que le rodeaban: a la pobreza, a la soledad, a la enfermedad, y demás adversidades; como también a la falsa religión, a la hipocresía, al pecado... De esta manera, nuestros sentimientos bien orientados, conforme al pensamiento divino que contempla todos estos asuntos prácticos, nos impulsarán a obrar con verdadera sensibilidad espiritual, que es la que debe manifestar todo discípulo de Cristo.

Contrariamente a lo dicho, observamos que la espiritualidad permanece ausente en muchos lugares, donde se vive un cristianismo frío en las relaciones personales, e indiferente a las necesidades ajenas. Procuremos, pues, desprendernos de la desidia que nos rodea, y contemplemos la maravillosa forma en que nuestro Maestro aplicó su gran sensibilidad, para así aprender de la manera como él mismo procedió en sus relaciones personales: «Y levantando los ojos al cielo, gimió...».

*No podemos ser tan sentimentales para con Dios, y tan insensibles para con nuestro prójimo.*

## **JESÚS, EL SIERVO SUFRIENTE**

Una de las facetas más difíciles de imitar del ejemplo de Jesús, consiste en reproducir la capacidad que tuvo para asumir el sufrimiento desde una vida sencilla y sin duda servicial.

Al revisar nuestra experiencia cristiana, nos damos cuenta de que son muchas las ocasiones que la paz y el gozo del Espíritu, se suceden juntamente con períodos de sufrimiento. Y esto puede percibirse como una gran paradoja, pero hemos de admitir que las dos experiencias de aparente contradicción –en los caminos del Señor–, resultan perfectamente compatibles.

Estamos de acuerdo en que Dios no desea el sufrimiento de nadie, pues éste no se aviene a los principios de su carácter bueno y santo. Pero la realidad es que el pecado ha impregnado todo nuestro ser (cuerpo y espíritu), y por el momento, hasta que no entremos en el gozo eterno, los cristianos transitamos por este mundo expuestos a sufrir sus nefastas consecuencias. Aun así, es preciso saber que Dios utiliza la aflicción en la vida del creyente como un medio útil para enderezar su corazón estropeado, y así hacerle más consciente de las graves implicaciones que tuvo la «caída» del hombre. Solo de esta forma nuestra limitada mente interpretará mejor los designios de Dios, en un mundo donde el dolor y el caos parecen estar reinando.

Según advertimos en el modelo del Maestro, en ninguna ocasión observamos que promoviera la teología de la diversión, pero tampoco contempló el sufrimiento como algo malo, sino como un instrumento que, visto desde la intervención divina, es capaz de transformar decisivamente el corazón del ser humano.

Con este objetivo, la finalidad bíblica del verdadero discípulo se dirige hacia la formación del carácter de Jesucristo, procurando conseguir la impresión de una vida cada vez más parecida a su persona. No olvidemos que el ministerio de Jesús transcurrió por un camino doloroso, en un continuo devenir de sinsabores. Pocas fueron sus alegrías, y menos sus diversiones... Su mirada estaba puesta en el fruto de su dolor, esto es, en la salvación que su muerte traería al mundo. Con este pensamiento se nos insta a proseguir nuestro camino, aceptando los períodos de sufrimiento que no podamos evitar, como algo útil en manos de Dios: «*He aquí, tenemos por bienaventurados a los que sufren*» (Santiago 5:11).

### **EJEMPLO DE SENCILLEZ**

**«Y él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal» (Marcos 4:38).**

Antes de calmar la tempestad, Jesús se encontraba durmiendo en la popa de un barco. A continuación, el texto bíblico nos muestra el cansancio lógico de nuestro Señor, que por otra parte era propio de su verdadera humanidad. Jesús fue (y es) humano, y como tal experimentó las necesidades propias de los humanos (hambre, sed, sueño...). Ahora, el hecho de que se durmiera entre tanta turbulencia, nos enseña que Jesús estaba realmente muy cansado, dándonos a entender que tenía poco tiempo para dormir, debido a que su ministerio le ocupaba gran parte del día. Destacamos, como venimos haciendo, la verdadera humanidad de Cristo vivida en sencillez, con todas las incomodidades, calamidades y penurias por las que tuvo que pasar: «*Y él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal*».

Tomemos buena nota, porque pese a todo inconveniente acontecido, en el ejemplo del Maestro no encontraremos queja alguna en sus labios: por tener poco tiempo, por estar cansado, por carecer a veces de lo necesario, por privarse de comodidades... Esta es una actitud realmente digna de imitar, la cual estaba desprendida de todo egoísmo, y no se centraba en la búsqueda de su propia comodidad o bienestar personal, sino en el cumplimiento estricto de la voluntad de Dios.

El modelo expuesto, nos presenta un claro contraste entre la vida del Jesús humano vivida en plena sencillez, y algunos que, teniéndolo todo, se quejan por aquello que creen que les falta para completar su comodidad. En cambio, sin tener posesión alguna, el Cristo reinante vivió como el siervo sufriente, en una vida de verdadera entrega a Dios, y de servicio al prójimo.

Nuestro buen Señor, con verdadero espíritu de sacrificio, supo mantener en todo tiempo una vida sencilla, siendo ejemplo al mundo –sobre todo al cristiano–, para que, atendiendo a su enseñanza, no nos dejemos atrapar por esa horrenda mentalidad hedonista que intenta separarnos cada vez más de Dios, y por lo tanto del mensaje de Cristo.

Resaltemos el ejemplo de la condición humana de Jesús, porque también los creyentes deberemos aceptar, con toda paciencia, las debilidades propias de nuestra humanidad presente: «*Y él estaba en la popa, durmiendo sobre un cabezal*».

### **«¿No es éste el carpintero?... Y se escandalizaban de él» (Marcos 6:3).**

La declaración impertinente de aquellos que escuchaban al Maestro en la sinagoga, después de oír sus palabras y quedar maravillados, no parecía nada extraña, dado que Jesús carecía de categoría religiosa reconocida, y por tal razón no podían dar crédito a sus palabras: «*Y se escandalizaban de él*».

Al parecer, en aquellos tiempos la posición religiosa era de suma importancia para obtener cierta credibilidad sobre los asuntos espirituales. Tanto es así, que para los que presenciaron el acontecimiento en la sinagoga, Jesús era solamente «el carpintero», sin más... Por ello se escandalizaron de él, por no poseer el reconocimiento oficial del momento. La baja posición social y religiosa de Jesús, quizás provocó en sus contemporáneos un sentimiento de vergüenza (se escandalizaban de él), y seguramente a muchos les ocasionaría una sensación de superioridad, al comparar sus respectivas clases, ya fueran sociales o religiosas: «*¿No es éste el carpintero?*».

Fijemos bien nuestra mirada en el supremo ejemplo del Maestro, porque siendo Dios todopoderoso, escondió su gloria para llegar a ser «el carpintero». Y, nosotros, siendo nada, en ocasiones jugamos a ser «dioses». ¡Qué diferencia tan abismal, y qué ejemplo tan contradictorio el nuestro! Por desgracia, algunos hoy se fijan más en la posición que en la vocación. Otros confían más en los títulos que en los dones... Por el contrario, el Señor de señores y Rey de reyes no poseyó titulación alguna, no tenía elevada posición social o religiosa, y carecía de todo reconocimiento oficial... Pese a toda carencia, nadie predicó mejor que Jesús; nadie tuvo más autoridad que él; nadie pudo superar la calidad de su ministerio... Seguro que ninguno de los que estaban allí presentes, pudo señalarle en algún defecto o rebatir sus extraordinarias enseñanzas.

Para Dios, Jesús tenía el mayor rango religioso que pudiera haber, jamás concedido a nadie: «El Mesías», y asimismo fue el ser humano que poseyó la máxima categoría espiritual, ya que ésta provenía directamente del cielo. De tan maravilloso ejemplo, aprendemos que el servicio a Dios no se debe a los reconocimientos humanos, sino a los de Dios; tampoco a nuestra profesión, sino a nuestra vocación; no proviene inclusive de la brillantez teológica, sino de la encomendación divina.

La sencillez del Maestro fue tan brillante que, lejos de formalismos religiosos, supo imprimir el carácter auténtico de lo que significa servir a Dios. Un servicio que se desarrolló fuera de la Institución, pero cuya efectividad fue manifiesta por todos los que le escucharon, y así se beneficiaron de su ministerio.

## **«Y se cumplió la Escritura que dice: Y fue contado con los inicuos» (Marcos 15:28).**

La crucifixión de Jesús, aparte de señalar descriptivamente el momento álgido de sufrimiento por el que tuvo que pasar, nos muestra la condición más baja a la que un hombre, máxime siendo judío, pudo llegar en aquella época, es decir, a ser crucificado por los soldados romanos: sus opresores paganos. En este final ya profetizado, al Dios hecho hombre no le importó ser despreciado, como un delincuente común rechazado por la sociedad «justa» del momento, porque para él lo más importante fue cumplir con el propósito por el cual había venido a este mundo: salvar a los pecadores.

Por otro lado, si pensamos bien en las motivaciones más internas del ser humano, debemos admitir que el hombre alberga en el corazón claros sentimientos de inferioridad, que con el tiempo pueden provocar una búsqueda ilícita de reconocimiento personal. Ocurre que, para contrarrestar esos sentimientos hostiles, que en mayor o menor medida todos podemos tener, los hay que se lanzan a una búsqueda frenética de la «gloria temporal» que haga compensar tales emociones. Con esta disposición, todo ministerio parece centrarse en uno mismo y en su propia realización, porque con ello la persona logra sentirse útil, querida por los demás, y admirada por los nombramientos; logrando así el bienestar que le proporciona la buena reputación, en contra del modelo de Jesús: «Y fue contado con los inicuos».

Es verdad, en oposición a la actitud entregada de Jesús, sobresale la actitud esquiva de muchos, que al parecer no desean ser contados con los inicuos. El gran Maestro desarrolló su ministerio aceptando su humilde condición social, y resistiendo así a todo deseo de aparentar grandeza alguna. Por lo demás, el reconocimiento del Padre le fue suficiente para realizar la obra.

Finalmente, si creemos que lo que va a prevalecer por la eternidad es la Palabra divina, deberemos en consecuencia anhelar el cumplimiento de sus decretos, así como en todo momento se cumplió en Jesús, hasta su muerte: «Y se cumplió la Escritura».

Si de esta forma buscamos que la Escritura se haga efectiva en nuestra vida, también habremos de aceptar que nos señalen entre los malhechores, y no entre los justos. A Jesús no le importó ser contado con los inicuos, dado que en todo momento procuró desechar la vanagloria terrenal... Y nosotros, ¿con quién queremos ser contados?

*La sencillez de la vida de Jesús, no pudo tapar el esplendor de su grandeza.*

## **EJEMPLO DE VALENTÍA**

**«Respondiendo (a los fariseos) él, les dijo: Hipócritas, bien profetizó de vosotros Isaías, como está escrito: Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí» (Mr. 7:6).**

Es cierto que hoy vivimos en un tiempo donde la religión está cada vez más extendida. Pero, desdichadamente, a esta propagación religiosa también le acompaña una compostura que podríamos calificarla de enfermedad peligrosa y extremadamente contagiosa: la llamada hipocresía. La doble moralidad que habían adquirido los líderes religiosos de la época (escribas y fariseos), les otorgaba el merecido título de hipócritas. Claro está que llamar hipócrita a alguien pudiera parecer una grave ofensa, por cuanto el término ha adquirido en nuestros días una connotación marcadamente ofensiva. Desde luego que debemos pensarla muy bien antes de inculpar a una persona de hipócrita, o aplicarle cualquier calificativo que pudiera ser claramente despectivo.

Ahora, visto desde el ejemplo de nuestro Maestro, habrá situaciones especiales donde a cada uno habrá que llamarle por su nombre. Y para ello se requiere valentía, naturalmente, y en cualquier caso a estar dispuesto a sufrir las consecuencias de toda posible confrontación: «Respondiendo él, les dijo: Hipócritas».

Bien podemos presentir que todos participamos, de algún modo, de esa hipocresía generalizada. Aunque en este caso, la «actitud farisaica» respondía al estereotipo del hipócrita por decisión propia. Comprendamos bien, porque una cosa es participar (con los peligros de llegar a ser), y otra cosa es poseer una clara identidad, donde la doble moralidad sea el rasgo que defina la personalidad del individuo. Así, pues, el que participa de la hipocresía y se deja llevar por ella, sin poner remedio a tan engañoso proceso, bien puede llegar a endurecer de tal forma su corazón, que ya no logra darse cuenta del grado de simulación que ha conseguido, tan evidente para los demás, pero tan inconsciente para él mismo.

Destaquemos especialmente la actitud de valentía que mantuvo nuestro Señor, al enfrentarse con el poder de la religión popular: una religión fingida a causa del orgullo religioso, reinante entre sus líderes, que por otra parte él debía denunciar: «*Este pueblo de labios me honra, mas su corazón está lejos de mí.*»

Hemos de reconocer que para descubrir el pecado hay que ser valiente, porque nos exponemos a ser rechazados, criticados, menospreciados... y con mayor razón si se trata de los líderes de la religión oficial. Aunque, la verdad sea dicha, porque sin duda alguna es mejor ser rechazados por el hombre, que no serlo por Dios.

Visto el ejemplo de Jesús, notamos que la valentía es una cualidad que no se suele observar con demasiada frecuencia en la vida de muchos cristianos. Nuestra falta de fe por momentos nos acobarda, y nuestros sentimientos encontrados nos paralizan a la hora de responder a cada uno según conviene. En el sentido opuesto, nuestro Señor mostró gran coraje, y no huyó de las contrariedades que le pudieron sobrevenir. Podemos pensar, en este ejemplo, que la osadía de enfrentarse con los más altos mandatarios de la religión, seguramente fue el detonante que le llevó al Maestro a morir en la Cruz. Y en tal ejemplo cabe preguntarse: ¿Nos atrevemos a decir la verdad, pese a las consecuencias que ello pueda acarrear?

**«Y Jesús le dijo: Yo soy (declaración de su deidad); y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo (reconocimiento de su majestuosidad)... Y algunos comenzaron a escupirle y a cubrirle el rostro y a darle de puñetazos, y a decirle: profetiza. Y los alguaciles le daban de bofetadas» (Marcos 14:62,65).**

En estos momentos especiales, Jesús se encontraba ante el Concilio (la asamblea de los máximos representantes de la religión judía), y sometido a una gran presión de preguntas, les respondió con una rotunda declaración, que como podemos observar le supuso un definitivo rechazo, además de un severo castigo, y con ello la decisión por parte del Concilio de condenarle a muerte.

Decir la verdad, pese a las adversidades que pudieran surgir, denota una postura de valentía que es muy poco habitual en nuestros días. Así vemos cómo el alcance de las valientes palabras de Jesús, determinó el comienzo de un doloroso camino hacia la cruz del Calvario; palabras muy duras, por cierto, para el auditorio de los líderes judíos: «*Y Jesús le dijo: Yo soy; y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del poder de Dios, y viniendo en las nubes del cielo.*»

Siguiendo el modelo de Cristo, debemos confesar que los cristianos de hoy necesitamos una mayor valentía a la hora de defender las grandes verdades de Dios. Y en esta labor, nuestro Señor ya profetizó que todo cristiano valiente tendrá problemas; siendo muy probable el rechazo de los de su propia casa, incluyendo también a su misma iglesia. Pero no nos dejemos afectar, porque al Maestro lo rechazaron primero, y no es el siervo mayor que su Señor.

Resulta muy fácil lavarse las manos, como lo hizo Pilato, en actitud de evidente cobardía. En cambio, hay que ser valiente para denunciar el pecado (con amor), para señalar las injusticias (con verdad), para proclamar el juicio de Dios (con esperanza), para descubrir la hipocresía (con claridad), para anunciar el arrepentimiento (con entereza), entre otras manifestaciones de la verdad.

Reparemos una vez más en la enseñanza del Maestro, porque decir lo que se piensa es integridad; pero, decir lo que se piensa, a riesgo de perder la vida, es valentía. El creyente firme con su vocación cristiana, no puede pasar desapercibido en el anonimato de su propia cobardía, viviendo un cristianismo diluido en el completo absentismo. La fama se difunde, para bien o para mal. Y el rechazo, los insultos, el menosprecio, la ira contenida de los calumniadores, representará el pago injusto del cristiano bienaventurado que desea defender la verdad con arrojo y valentía: «*Y algunos comenzaron a escupirle y a cubrirle el rostro y a darle de puñetazos, y a decirle: profetiza. Y los alguaciles le daban de bofetadas.*»

En este punto, sucede que si la persecución de Jesús se produjo entre los de su propio pueblo, no parece insólito pensar que la mayor persecución que hoy puede experimentar un cristiano valiente, comience principalmente entre sus propios hermanos, los de la fe. En tal sentido, todavía hoy encontramos creyentes fieles que no forman parte en el «sistema» de la institución oficial, y mantienen con perseverancia su fidelidad a Dios, su valentía, su integridad... Pese a ser rechazados o menospreciados en muchos momentos de la vida, su fiel testimonio les hace ser poseedores del más alto rango de profetas valientes. Podemos estar tranquilos, porque así como ocurrió en el Antiguo Pacto, nuestro Señor sigue manteniendo hoy su remanente fiel. Y, definitivamente, nadie podrá hacer callar la voz profética de los verdaderos discípulos de Cristo.

*La cobardía es la antesala de la incredulidad.*

## **EJEMPLO DE DISCRECIÓN**

A pesar de la fama (buena y mala) de Jesús, podemos señalar que en ningún caso incurrió en escándalos impropios, sino que guardó una sana discreción, manteniendo la adecuada compostura a lo largo de su ministerio. Así, Jesús mostró su tacto y diplomacia en las relaciones personales, sin perder en momento alguno ni un ápice de su integridad espiritual.

**«*Pero él les mando mucho que nadie lo supiese, y dijo que se le diese de comer*» (Marcos 5:43).**

Después de la milagrosa resurrección de la hija de Jairo (un hecho sobrenatural digno de todo reconocimiento), Jesús dio órdenes estrictas para que nadie lo supiese... Ciertamente podía haber recibido los honores propios de un milagro tan espectacular, y seguramente muchos le hubieran proclamado rey. Sin embargo, no era esa la labor específica que venía a realizar en este mundo. La gloria de Cristo estaba reservada para el futuro.

Podríamos dar por sentado, que si hoy se están realizando verdaderos milagros de parte de Dios, la gente tendría que saberlo, puesto que el hecho sobrenatural le otorgaría mayor credibilidad a nuestro mensaje. De ser cierto este postulado, Jesús habría proclamado a los cuatro vientos todos sus milagros. Pero no fue la tarea de Jesús, ni tampoco pensemos que deba ser la nuestra. Es la Palabra de Dios la que produce fe para salvación, y no el milagro. Y aun cuando el milagro sea evidente, no parece muy oportuno declararlo a la ligera, ni mucho menos acompañar el suceso con bombos y platillos. Por ello, es mejor seguir el modelo de Jesús en humildad y discreción, y no buscar la gloria que el propio acto milagroso pudiera ofrecer: «*Pero él les mando mucho que nadie lo supiese*».

Cierto es que Jesús podría haber utilizado los milagros para reafirmar su ministerio, dado que aquellas manifestaciones correspondían a las señales mesiánicas. Y si bien en cierta forma hizo alusión a sus obras para que así creyeran, sabía que la gente no se iba a convertir por ver ciertas demostraciones extraordinarias. En este ejemplo como en otros, Cristo proclamó una salvación por fe, y no por vista, de tal forma que su predicación fue: «*Arrepentíos y creed en el evangelio*».

Igualmente podía haber exigido la remuneración del beneficio que supuso todos los actos de bondad que realizó, o de las portentosas sanidades. Teniendo derecho a una compensación, el Maestro anduvo haciendo el bien sin esperar recibir ningún pago a cambio. Y teniendo presente los tiempos de Dios, quiso recalcar que su tiempo de gloria todavía no había llegado.

En todo su ministerio, Jesús no reclamó honor alguno, como tampoco exigió reconocimiento de sus obras. Hoy parece ser todo lo contrario: primero se recibe el reconocimiento, y luego se practica el servicio. No debería de ser así, pues la gloria es solo para Jesús, pues bien la merece.

A tenor del ejemplo presentado, hagamos el bien que podamos, y no busquemos en ninguna forma los galardones, pues los tales están reservados en el cielo para aquellos que aman a Dios.

**«Y descendiendo ellos del monte (de la transfiguración), les mandó que a nadie dijesen lo que habían visto» (Marcos 9:2).**

Después de la experiencia tan intensa que vivieron los discípulos en el monte de la transfiguración, lo más natural parecía contarlo a los demás, en un impulso o deseo de transmitir una vivencia con matices de eterna espiritualidad... No obstante, el mandamiento de Jesús fue bastante explícito, dando la orden de que no dijesen a nadie lo que habían visto. ¿Por qué el silencio? Podemos imaginar que ante la historia contada, algunos no entenderían las implicaciones de aquella sobrenatural experiencia; otros, malinterpretarían las palabras; y tal vez serían varios los que rechazarían el mensaje. Por tales motivos, no podemos depositar nuestro tesoro en manos de cualquiera, porque seguramente muchos no alcanzarían a comprender el gran valor que realmente éste posee. Al igual que un matrimonio no puede proclamar todos sus recuerdos matrimoniales, en cierto sentido la intimidad con Dios es un tesoro reservado al ámbito privado. Y en este caso, como en otros similares, se corría el grave peligro de que Jesús pudiera ser proclamado rey, lo cual iba en contra de los designios de Dios para aquel momento. Estamos seguros de que si Jesús hubiera tomado el cetro y así establecido su trono, con toda certeza la obra de salvación por medio de la Cruz, no hubiera sido posible. Con ello, el programa de Dios se habría incumplido, y en consecuencia nuestra redención hoy no podría ser efectiva. Es una de las razones por las que «les mandó que a nadie dijesen lo que habían visto».

Apreciamos el sentido positivo, pues resulta recomendable compartir las impresiones que se devienen de nuestra relación con Dios. Es completamente lícito y además beneficioso, sobre todo para nuestros hermanos en la fe, exteriorizar las vivencias que como hijos amados gozamos con nuestro Padre celestial.

Ahora bien, la disconformidad se produce cuando los deseos de transmitir tales experiencias conlleven una motivación egoísta, sean susceptibles de gloria personal, puedan causar desconcierto, interpretaciones erróneas, o confusión en otras personas. En todo ello, Jesús sabía de primera mano que la gente no se convierte por escuchar historias rocambolescas, o ver manifestaciones asombrosas, aunque no obstante pudieran llegar a ser ciertas.

Con esta orientación planteada, aprendamos del buen Maestro, y apliquemos la sensatez a la hora de expresar convenientemente el ejercicio de nuestra fe.

En lo que a nuestro proceder cristiano respecta, debemos buscar el equilibrio, manteniendo la discreción y huyendo de todo extremismo. Si somos especiales, no es por las genialidades que podamos contar superficialmente, sino más bien por nuestra forma de ser; por la paz que alcancemos a transmitir; por nuestro mensaje diferente; por la bondad que muestre nuestro corazón; y, esencialmente, por el amor que logremos comunicar a los demás.

*La discreción en la vida, es la sensatez del cristiano.*

## EJEMPLO DE SUFRIMIENTO

Calificado el sufrimiento de Cristo como ejemplo sublime de amor, se hace necesario traer a la memoria las aflicciones que experimentó a lo largo de su vida, y en especial en el proceso que le llevó a la muerte. En este recuerdo, estamos obligados a poner un particular énfasis en aquellos momentos tan significativos, donde la entrega y muerte de Jesús en la cruz por nosotros, representó la culminación de su amor manifestado de una forma verdaderamente práctica.

**«Y le golpeaban en la cabeza con una caña, y le escupían, y puestos de rodillas le hacían reverencias. Después de haberle escarnecido, le desnudaron la púrpura, y le pusieron sus propios vestidos, y le sacaron para crucificarle» (Marcos 15:19,20).**

Recordemos que Jesús fue arrestado como un criminal para ser juzgado, y finalmente conducido a morir en la cruz, según la legislación romana. Observamos en el texto, que antes de comenzar su camino hacia el monte Calvario, fue castigado duramente con una condena mucho mayor que la de los otros reos que le acompañaron en su muerte. Golpes, insultos, esputos, mofas, latigazos, además de la coronación de espinas, significó el pago de todo el bien que Jesús hizo al prójimo en el recorrido de su ministerio: «y le sacaron para crucificarle».

A la verdad, aunque profundizáramos con un espíritu de erudita investigación, no alcanzaríamos a comprender el grado de sufrimiento físico y espiritual que Jesús pudo experimentar; tomar la copa amarga que contenía el juicio de Dios, no fue precisamente un trago fácil de beber. Con este espíritu de sacrificio, Jesús prosiguió su camino, pese a las consecuencias tan dramáticas que tuvo que aceptar para conseguir nuestra salvación. Con esta gran determinación, bebió el cáliz de sufrimiento por causa de nuestros pecados, pagando un precio muy alto: su propia vida.

Es cierto que el sufrimiento de Jesús representa un claro modelo de entrega, obediencia y valentía, que en cierta medida todo cristiano debe seguir. Y no pensemos que en esta difícil tarea añadimos nada a nuestra salvación, pues ésta es gratuita, ya que fue ganada por Cristo en la cruz.

Según el modelo presentado, debemos presentir que todo aquel que quiera seguir las pisadas de Jesús, se encontrará con un precio que habrá de pagar; aun sin saber dónde está el límite de nuestro precio, solo Dios lo sabe.

Visto el ejemplo que encontramos en esta obra inigualable, los principios de entrega, amor, voluntariedad, obediencia y valentía, son realmente dignos de incorporarlos en nuestra vida cristiana.

La pregunta surge sola: si Jesucristo pagó un alto precio por cumplir con el plan que Dios había diseñado para él, entonces, ¿qué precio estamos dispuestos a pagar para que el plan de Dios se cumpla en nuestra vida?

**«Y le dieron a beber vino mezclado con mirra; mas él no lo tomó» (Marcos 15:23).**

Se sabe que el vino mezclado con mirra ofrecido a los reos crucificados, les proporcionaba un efecto analgésico que les ayudaba a contrarrestar el sufrimiento experimentado en la cruz. Pero, observamos cómo Jesús, estando en profunda agonía, rechazó aquel brebaje que momentáneamente podría haber reducido aquellos dolores tan intensos. El Maestro no quiso beberlo, y con toda razón, porque para que no exista ninguna duda de la gratuidad de nuestra salvación, el Señor asumió de forma completa el grado de aflicción que correspondía al pago de todos nuestros pecados.

Contrariamente al ejemplo del Maestro, no son pocos hoy los cristianos que quieren escapar de su destino, intentando compatibilizar el cristianismo con la vida de comodidad, sin estar dispuestos a beber ni una gota de la copa amarga que conlleva ser discípulo de Jesús.

En lo que atañe a nuestro vida personal o ministerial, aceptemos de buen grado los momentos de dolor que nuestro buen Padre tenga programado para nosotros, en su permisiva voluntad; pues si Dios nos pone la prueba, también de manera conjunta nos da la salida para que podamos sobrellevarla, según reza la Escritura Sagrada.

Extrayendo la presente enseñanza, los discípulos de Cristo deberán abstenerse de beber cualquier ungüento que haga tropezar su misión en la tierra, y por ende el cumplimiento estricto de la providencia divina; aun cuando ese ungüento pudiera reducir cualquier padecimiento momentáneo: «*Mas él no lo tomó*».

No pretendamos huir, por tanto, de las contrariedades en la vida, ya que éstas forman parte del programa especial de Dios ha diseñado para cada cristiano fiel. El que es verdadero discípulo, lejos de escapar como lo hizo Jonás, habrá de aceptar el futuro dispuesto por Dios, por muy sombrío que parezca, y someterse voluntariamente a la guía del Espíritu, prosiguiendo con el plan divino.

**«Dios mío, Dios mío, ipor qué me has desamparado** (abandonado, alejado, apartado de mí)!» (**Marcos 15:34**).

El término desamparado, expuesto en el versículo bíblico, denota el momento existencial más angustioso que nuestro buen Señor experimentó, es decir, el tormento en su máximo grado de expresión a causa de nuestras iniquidades. El abandono que Jesús sintió por parte de Dios, es equiparable al más grave castigo que el pecador pudiera soportar en el infierno (lugar de desamparo).

El gran «desamparo» que Jesús experimentó, no fue producido solo por el dolor físico de los clavos, además del previo castigo que tuvo que soportar; como tampoco psicológico: por la vergüenza, el menoscabo, la burla y el odio de sus conciudadanos. Sino que, en esos momentos tan intensos, el alma de Jesús sufrió los látigos de la condenación eterna. La idea es bastante concisa: Dios cargó el pecado de la Humanidad sobre su ser. Y porque Dios es santo, y no puede tener ninguna relación con el pecado, entonces tuvo que apartarse de su Hijo Jesucristo, siendo en esa condición humana donde Dios derramó su justicia divina sobre él. De tal manera Jesús soportó el justo Juicio de Dios en nuestro lugar.

Este ejemplo citado es imposible de imitar, en su significado más esencial, puesto que la obra de Jesús en la Cruz es del todo insustituible. Sin embargo, su entrega ejemplar siempre quedará impresa en nuestros corazones, visto como el mayor acto de amor que jamás hombre alguno haya mostrado a través de la Historia. Así, aquellos instantes tan especiales, nos servirán de modelo ejemplar para poder comparar, con el amor de Cristo, nuestro grado de amor hacia los demás.

Por otro lado, al igual que aconteció en el monte Calvario, aunque no en el mismo aspecto salvador, quizás podemos sentirnos en ocasiones desamparados de la mano de Dios. Y es del todo lícito preguntarse el porqué. Pero no podemos desconfiar de nuestro buen Padre celestial, pues así como ocurrió en la vida de Jesús (con excepción de la Cruz), también los momentos de aparentes desamparos están incluidos en su especial destino para el discípulo de Cristo.

**«Mas Jesús, dando una gran voz, expiró» (**Marcos 15:37**).**

Este versículo recoge la última expresión verbal de Jesús, después de sus terribles padecimientos en la Cruz. Con ella el Maestro acabó su labor en esta tierra, completando hasta la muerte la comisión determinada por el Padre. El gran gemido final de Cristo marcó la perfecta tarea ya perfeccionada, pues finalmente no había más que añadir en la obra de la Salvación.

Analizando aquella situación histórica, deducimos que la muerte de Jesús seguramente acabó con la esperanza de muchos. ¿Quién iba a creer en el mensaje de un crucificado? ¿Qué atractivo poseía un sentenciado a muerte y crucificado en manos de los romanos? El Jesús rey derrotado en la cruz (en apariencia), fue injustamente rechazado... De igual forma como le ocurrió al Maestro, muchos verán a sus discípulos como personas

derrotadas por la «religión». La cruz de Cristo sentencia a muerte a todo cristiano verdadero: a la muerte de este mundo. Con esta condición, la nueva vida triunfante se mantiene escondida juntamente con la vida del Maestro, y no para crearnos incertidumbre, sino para poder disfrutar de la poderosa vida de resurrección con él.

Atendamos a la enseñanza, porque el final de su ministerio representó el principio del nuestro. Y con esta visión ministerial, hacemos bien en considerar lo más importante de nuestro paso por este mundo pasajero, esto es, el cumplir con el programa establecido por Dios, al igual que el Maestro lo cumplió en su vida, hasta el final: *«Mas Jesús, dando una gran voz, expiró».*

Jesús murió habiendo completado la obra que el Padre le encargó. Y aunque como hemos afirmado, en ningún caso podemos morir por los pecados de ningún ser humano, se espera que por lo menos no lleguemos al instante de nuestra partida, en el mismo lecho de muerte, a lamentarnos por no haber sabido aprovechar el tiempo y las oportunidades para servir a Dios, así como a nuestro prójimo, inclusive en momentos de aflicción. Estemos seguros, pues, de que aquello que va a prevalecer en la eternidad, por la gracia divina, es la labor que para nuestro Señor, en el servicio de los hombres, podamos hacer hoy.

Recibamos con solicitud la instrucción práctica del Maestro, y mantengamos una actitud valiente, para que habiendo acabado la obra que nos fue encomendada por Dios, sea ésta grande o pequeña, en el final de nuestros días podamos excluir como Jesús: *«Consumado es».*

*El sufrimiento en las manos de Dios, es el fruto su futura gloria en nosotros.*

## CONCLUSIÓN

Hasta aquí algunas reflexiones sobre el modelo de Jesús, expresadas de forma muy resumida, y hechas desde la consideración de algunos versículos bíblicos tomados del evangelio según San Marcos; a los cuales pienso sería conveniente añadir ejemplos de los otros evangelios, así como las referencias que se encuentran en Hechos de los Apóstoles y cartas del Nuevo Testamento, para de esta forma poder ampliar y engrandecer el trabajo realizado.

Aunque si bien pudiéramos aportar muchos más datos acerca de las aplicaciones obtenidas de la vida de Cristo, baste las expuestas para que logremos apreciar el gran reto que supone seguir las pisadas del Maestro, que como hemos visto no pasan inadvertidas ante nuestros ojos.

Tal vez algunos pueden pensar que el ejemplo de Jesús parece inalcanzable, y que éste resulta en una impracticable utopía. De ser cierta esta premisa, estamos seguros de que los escritores bíblicos no hubieran presentado de forma tan explícita las recomendaciones para las iglesias, acerca de imitar el modelo de Jesús. Es verdad que la perfección de Cristo nadie la puede imitar. Pero, no obstante, su ejemplo en calidad de hombre siempre representará un testimonio seguro y permanente para tomar buena muestra de él; y no solo de la doctrina, sino de los principios cristianos más éticos y prácticos que el Buen Pastor nos dejó registrado en su Palabra.

Después de tantos siglos de cristianismo, no podemos cambiar el llamamiento bíblico, pues sigue siendo el mismo: «*Dejádonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas*» (1 P. 2:21). La verdad es que ya es hora de dejar de afirmar que somos cristianos, y actuar como si Cristo no habitase entre nosotros... Recapacitemos, porque aquello que los demás valoran, por encima de nuestra predicación, es la forma de proceder; y por eso cada movimiento, por muy imperceptible que parezca, queda impreso en la mente de nuestros semejantes. Entre tanto, necesitamos tomar conciencia del ejemplo del Maestro; porque, siendo consecuente con nuestra identidad cristiana, advertimos que la presencia de Cristo no se refleja en la vida solamente a través de las palabras bien pronunciadas, sino principalmente de los hechos bien observados.

Seguramente que cuando consideremos lo difícil que puede resultar seguir a Jesús, por momentos nos invadirá un profundo sentimiento de incapacidad humana. Pero, cuando confiamos en que el poder de Dios se perfecciona en la debilidad, como se hace constar en 2 Corintios 12:9, entonces deberemos admitir que en último término no depende de nosotros, sino del gran poder de Cristo. Efectivamente, nuestra insuficiencia es grande, y por tal motivo necesitamos constantemente ser partícipes de la gracia de Dios, de su fortaleza, de su amparo, guía y protección, para de esta manera proseguir con fuerzas renovadas en nuestro a veces duro, pero satisfactorio camino hacia la eternidad. En tan digna labor, no olvidemos que la carga de Jesús es ligera y su yugo fácil, según Mateo 11:30.

Como hemos visto, el propósito en la vida cristiana no consiste en las muchas o pocas obras que podamos realizar, sino en ser como Cristo. El mismo apóstol Pablo dijo: «*Vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros*» (Gá. 4:19). Distingamos bien cuál sea la meta, puesto que la formación de Cristo en nuestra vida es la finalidad última de todo proceder cristiano, es decir, el objetivo es ser como el Maestro, alcanzando así a vivir como sus verdaderos discípulos.

Recibamos la enseñanza en palabras del apóstol Pablo: «*Ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*» (Gá. 2:20). Una vez recibidas las declaraciones del apóstol, entendemos que imitar a Jesús solamente es posible en la medida que negamos nuestro yo, nuestros intereses personales y propósitos terrenales, para vivir por la fe en el poder de Dios, permitiendo que la vida de Cristo se reproduzca en la nuestra. No resulta válido copiar los aspectos superficiales del ejemplo de Jesús, que en cualquier caso modifiquen toda apariencia externa, si éstos no emanan de la vida que Cristo mismo imparte en nuestro corazón. En este aspecto, hay que permitir que las fuerzas de su Espíritu logren cambiar nuestro interior, para que a su vez puedan verse reflejados visiblemente, y de forma adecuada, los aspectos prácticos que corresponden al modelo del Maestro.

La recomendación del texto sagrado no puede ser más explícita: «*El que dice que permanece en él (Jesucristo), debe andar como él anduvo*» (1 Jn. 2:6). Si examinamos nuestra vida, en comparación con la perfecta vida de Jesús, no tendremos más remedio que humillarnos delante de Dios y, arrepentidos de corazón, confesar nuestra culpabilidad: por no hacer nada, no hacer lo suficiente, o hacerlo mal. En esta disposición, debemos proseguir con la misión encomendada, fijando constantemente nuestra mirada en él: «*Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de nuestra fe...*» (He. 12:2). Con este objetivo, debería resonar en nuestra mente las siguientes preguntas: ¿Cómo actuaría Jesús hoy, ahora, y en cada momento de nuestra vida? ¿Qué diría Jesús o haría en la situación en la que me encuentro...? Las respuestas ofrecidas, contrastadas con la vida ejemplar del Maestro, nos indicarán aquello que debamos pensar, hacer o decir... En nuestra mano está el obedecer o por el contrario hacer caso omiso.

Estimado lector: Si has recibido la llamada para seguir a Jesús, no resistas al Espíritu, y considera bien la propuesta, porque ser discípulo de Cristo es la decisión más importante que podemos tomar en nuestro paso por este mundo temporal. Si esta es nuestra determinación, no perdamos de vista el ejemplo del Maestro para poder seguirlo, pues nuestra labor se verá ampliamente recompensada cuando Jesucristo, el buen Pastor, regrese con poder y gloria de la Patria celestial, para recoger a su amada Iglesia.

**«Porque uno es vuestro Maestro: el Cristo» (Mateo 23:10).**

José M<sup>a</sup> Recuero  
Bachelor en Teología

© Copyright 2008  
Estrictamente prohibida su reproducción para la venta.